

JUAN

ONOMA DE NUEV

AL DE BIBLIOTE

31  
ID  
CO

ESASU

WANGELINA

PS 2263

.A68

1885

RALD

P. 2



1020028822



# EVANGELINA.

**P O E M A**

DE ENRIQUE W. LONGFELLOW

traducido  
directamente del inglés

por  
**JOAQUIN D. CASAS**

Socio de número del Liceo Hidalgo.



FONDO  
**RICARDO GOVARRUBIAS**  
MEXICO.

TIP. "EL GRAN LIBRO" DE J. F. PARES Y C<sup>®</sup>  
1<sup>a</sup> F. de la Independencia núm. 9.

1885

**86086**

**31852**



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PROLOGO.

Durante mucho tiempo, casi desde la Independencia, la juventud mexicana, ha tenido constantemente los ojos fijos en el movimiento literario que se ha verificado en Francia y en España, y como era natural, comenzando por prestarle una atención exclusiva, acabó por imitarlo, produciendo obras que no eran sino el reflejo de los modelos que tenía á la vista.

De aquí ha resultado que nuestra

literatura con pocas excepciones ha sido, como nuestras Bellas Artes, imitativa, y basta tener un conocimiento somero de ella para comprenderlo en el instante.

Si algunos críticos mexicanos y extranjeros al estudiar las obras de nuestros poetas anteriores á 1861, han podido descubrir los caracteres que distinguían á las escuelas llamadas clásica, romántica ó ecléctica que se disputaban el dominio literario en la Europa latina, es que efectivamente esa tendencia está marcada en tales obras sin disimulo, sin modificación, á veces con esfuerzo tan ostensible, que no dejaba ni el menor rastro de un carácter propio y original.

Porque aquellos poetas y litera-

tos se empeñaban en seguir fielmente las huellas de los corifeos á quienes admiraban con el apego servil de un sectario religioso que considera como heregía el apartarse un ápice de la idea, del lenguaje y aún del continente del gefe de su religión. Y desconociendo el medio en que vivían, menospreciando los ricos tesoros que les brindaba el suelo virgen en que acababa de surgir su nueva Patria con todos los atavíos de la juventud, de la belleza y de la gracia, con todos los encantos de lo desconocido y de lo inesperado, con su sorprendente historia antigua desnaturalizada por la ignorancia conquistadora, pero revelada por los monumentos y las lenguas, con su historia de tres siglos velada por el

interés del dominador, pero viva en el odio popular, con su admirable epopeya de la insurrección calumniada por el despecho, pero glorificada por la gratitud, con los mil elementos del suelo, del clima, de las lenguas, de las instituciones y de las costumbres, todo propio, todo peculiar, todo nuevo para Europa, y todo á propósito para dar á una literatura la fisonomía nacional, desconociendo todo esto, repetimos, se lanzaron aquellos poetas y literatos en pos de gastados modelos y por trillados caminos en busca de la triste nombradía, que es, á lo sumo, la recompensa del satélite ó del imitador.

Y mientras que eso pasaba en México, en el pueblo vecino del norte

y en los pueblos latinos del Sur habia nacido y crecía robusta y pomposa una literatura nueva y esencialmente americana, que parecía traducir en sus acentos los gritos marciales de las guerras de libertad, los mugidos de sus mares, los murmullos de sus ríos y de sus selvas, los cantos de sus indios y de sus meztizos y las palabras armoniosas de sus mujeres. En los poemas, en los discursos, en las novelas, en las mil formas que adoptó el pensamiento en aquellos pueblos y en aquellos días, se descubre luego el fuerte colorido local; algo del cielo, de las montañas, de las praderas, de los lagos de América; algo del fresco aroma de los bosques y del misterioso silencio de las soledades. Esa es literatura propia.

No son versos friamente imitados para que luego dijieran Bermudez de Castro y Zorrilla que los mexicanos no hacían mas que plagiar sus obras, acusación que habrían podido repetir, después Selgas, Becquer, y Grilo con la misma razón.

No: el gran venezolano Andrés Bello, no tiene modelo en Europa; antes él puede servir de ejemplo de concepción profunda y de sublime belleza artística; ni el ecuatoriano Olmedo ha podido encontrar norma para su grandioso canto épico en ninguna epopeya española; ni el argentino José Mármol ha bebido su indignación profética contra los tiranos, ni su fe en la libertad en ninguna oda castellana. Si Esteban Echeverría ha sido llamado el Lamartine

del Plata no fué porque imitara al poeta francés, sino porque poseía cualidades que lo ponían en parangón con el autor de las Meditaciones. Pero «La Cautiva» no tiene nada de común con «Jocelyn.» Por último, hoy el colombiano Jorge Isaacs, no fué á buscar á Europa la inspiración que ha hecho de su «María» un poema inmortal que conmovirá siempre á nuestro Mundo. Bastáronle las soledades vírgenes del Canca, su genio y las emociones de su propio corazón.

Si en algunas de esas Repúblicas latinas del Sur, se apaga hoy en el espíritu de unos pocos ese entusiasmo ferviente por la literatura patria, y se alzan algunos altares al ídolo de la imitación, esa apostasia ni es ge-

neral ni puede ser duradera. La ha engendrado la vanidad y la han incubado ciertas pretensiones políticas de origen bastardo que no subsistirán. El alto ejemplo de Bello y de Olmedo, los dos patriarcas de la literatura americana acabará por sobreponerse al esfuerzo que hacen las medianías serviles por torcer el curso que seguía magestuosamente el carácter nacional.

Eso en cuanto á los pueblos de la América del Sur. Que en cuanto al pueblo de los Estados Unidos, la obra está consolidada y la Nación es demasiado altiva para no ser independiente hasta en el dominio de la literatura y de las Bellas Artes.

Allí hace tiempo que nació y que prospera una literatura nacional. Ese

gran pueblo quiso tener instituciones propias y las tuvo; no parecidas á las de la antigua Grecia, ni la antigua Roma, ni de las repúblicas italianas de la Edad Media, sino suyas, formadas en parte con las costumbres inglesas, pero perfeccionadas con la libertad americana. Y esa república vive, crece y prospera. Quiso tener ciudades, acueductos, puentes, caminos, faros, ejército, marina, agricultura, industria, riquezas, todas las maravillas de la civilización, é improvisarse todo eso en los antiguos desiertos, en las intrincadas florestas, entre los hielos del invierno, á orillas de los ríos caudalosos, de los lagos enormes, de los mares inexplorados; y en efecto, en un solo siglo realizó su deseo y se igualó en gran-

deza material á las viejas naciones del mundo que no han alcanzado ese poderío sino después de millares de años. Y hoy, las ciudades existen, han surgido como por encanto del seno de las selvas seculares ó de las llanuras, ó de las marismas; el buque de vapor se abre paso á cada instante ruidoso y potente ora por entre las aguas de los ríos y de los lagos que antes no cruzaba sino de tarde en tarde la débil piragua del indio, ora por entre las ondas encrespadas de aquellos mares por las que apenas se deslizaba hace un siglo tímida y solitaria la barca del aventurero. Y cien locomoras llenan de humo el espacio, atraviesan en todas direcciones aquellas vastas praderas que antes no frecuentaban

más que las tribus nómades y en que no solía verse á lo léjos sino como imperceptible nubecilla el humo del aduar; y donde antes no había más que lianas, ahora hay redes de telégrafos, puentes magníficos, prodigios del arte; y donde no se elevaba al cielo más que el himno de la naturaleza, hoy se escuchan los himnos del trabajo en las fábricas, y los himnos de la gratitud que entonan los creyentes bajo las bóvedas de los templos en la lengua de todas las religiones, concierto sublime, obra del genio y de la libertad!

¿Cómo era posible que un pueblo que habla hecho tantas cosas por su grandeza política y material no pensase también en su grandeza intelectual?

Se dijo alguna vez en la América española, que si es verdad que en los Estados Unidos del Norte había todos esos elementos de riqueza pública y de bienestar político, en cambio faltaban elementos no menos necesarios á la vida social, á saber: la cultura literaria y la cultura artística. Allí no florece la poesía, allí no florecen las Bellas Artes. Esto se afirmaba muchas veces y por personas que no parecían vulgares; aún se llegó á escribir esto y corrió con cierta popularidad. No era más que una de tantas falsedades que suele poner en boga la fatuidad latina.

Tenemos que repetirlo. Mientras que en México todavía se imitaban los modelos españoles ó franceses, en los Estados Unidos del Norte

había ya una literatura nacional; había nacido con las instituciones representativas, la oratoria cívica; con el orgullo de la Patria independiente, la historia; con la actividad, las ciencias nacionales que comenzaron á ser los númenes familiares de los exploradores, de los marinos, de los agricultores, de los menestrales, de todos los que buscaban en el seno de la tierra, al través del océano ó en las faenas del taller, un elemento de riqueza; y la contemplación de las bellezas naturales, de los esfuerzos humanos y de los beneficios del cielo dió vida á la poesía, á una poesía virginal y grandiosa, robusta y varonil que no nació llorando por la pérdida de sus ilusiones, ni lamentando errores, ni refugiándose en un

misticismo enervante; sino llena de esperanzas, de fé en el porvenir, creyendo en la Libertad y adorando á Dios, no como á una Divinidad siempre iracunda y vengativa, sino como á un Númer benéfico, paternal y dispensador de consuelos y de recompensas.

Así debe ser caracterizada la poesía norte americana. Esto no es decir, que no hayan florecido en los Estados Unidos, algunos poetas, muy pocos en verdad, y de mezquina nombradía que no hayan sido imitadores de algunos poetas europeos, no; los ha habido; y era natural que los hubiese; el instinto de la imitación es invencible en los espíritus medianes y suele á veces arrastrar aún á los espíritus superiores.

Además, el estilo de Byron por un lado y el de Walter Scott por otro, seducían por aquellos tiempos á no pocas imaginaciones americanas que ora se sumergían en el océano amargo y melancólico de la poesía del primero ó bien encumbraban con el segundo las alturas artificiales de un optimismo convencional. Pero estos imitadores que aún hoy suelen aparecer, son pocos y no forman verdaderamente la escogida legión de los poetas nacionales.

Esta se ve acaudillada por una pléyade de brillantes cantores, que han hecho en los Estados Unidos del Norte, lo que Bello, Olmedo, Gómez y Mármol hicieron en la América del Sur, esto es: señalar el verdadero giro del genio poético de su

Patria. Este grupo se compone de Longfellow, Whittier, Bryant, Holmes, Lowell y Emerson, seis patriarcas, seis creadores, seis pontífices del nuevo culto á la Poesía americana,

No hablaré ahora mas que del primero con motivo de su nuevo poema «Evangelina» que acaba de traducir en elegantes versos mi querido amigo y discípulo, el joven poeta Joaquín D. Casaus.

¿Quién es Longfellow? ¿Por qué en los Estados Unidos se le considera como uno de los primeros poetas, si nó el primero, y como eminentemente nacional?

Henry Wadsworth Longfellow, según uno de sus numerosos biógrafos americanos, nació en Portland, Estado del Maine, el 27 de Febrero

de 1807. Su padre Mr. Stephen Longfellow, nativo de Gorham, Maine, entonces distrito de Massachusetts, era descendiente de William Longfellow, de Newbury, en el mismo Estado, que nació, en Yorkshire, Inglaterra, en 1851 y emigró á América en su primera juventud. Mr. Stephen Longfellow, descendiente en la cuarta generación de este sujeto, nació en el año en que las colonias declararon su independencia. Graduóse en la Universidad de Harvard á los veinte y dos años y se consagró á la Jurisprudencia, trasladándose á Portland al principiar este siglo. Fué un buen jurisconsulto, como lo atestiguan los anales de Maine y de Massachusetts, y miembro del congreso nacional. También fué

presidente de la Sociedad Històrica de Maine. En cuanto á la madre del poeta, era descendiente de John Alden. Así pues, este viejo puritano contó entre su posteridad á dos poetas, Willian Cullen Bryant y Henry Wadsworth Longfellow.

Este último, apenas tuvo edad para comenzar á aprender, fué puesto en la escuela dirigida por Mr. Fellows en una casa pequeña de Spring Street. Mas tarde fué á la escuela particular de Nathaniel Caster y después á la Academia de Portland bajo la direccióu del mismo maestro y de Bezaleel-Cushman, hasta que entró en el colegio Bowdoin á la edad de catorce años. Su curso fué notable, pues en él encontró, entre otros hombres que alcanzaron un puesto

eminente en la literatura á Nathaniel Hawthorne, el gran prosista americano, á George B. Cheevel y á J. S. C. Abbot: ilustres literatos y que deben contarse también entre los patriarcas de las letras americanas. Graduòse en 1825 y poco después fué nombrado profesor de lenguas modernas. Aceptò este nombramiento con el privilegio de ir al extranjero por espacio de tres años, con el objeto de prepararse mejor á llenar sus deberes, y al año siguiente se dirigió á Europa.

Durante los últimos años que pasó en el colegio antes de este viaje, el futuro profesor había contribuido, aunque modestamente, á la poesía de su país natal. No había entonces en la América del Norte ningún poe-

ta, con excepción de Bryant, ni periódicos en los Estados á los cuales pudiesen los jóvenes enviar sus composiciones. Habíanse hecho algunos esfuerzos para establecerlos, pero sin éxito porque ó morían después de una lucha de pocos meses, ó se refundían en otros que á su turno desaparecían. Hubo en Nueva York una «Literary Gazette;» luego un «Atlantic Magazine;» y después el «New York Review and Athenæum Magazine» del que Bryant fué el primer editor. Este se convirtió en el «New York Literary Gazette and American Athenæum» que luego terminó siendo el «United States Literary Gazette.» En las páginas de esta última publicación que salía simultáneamente en

Nueva York y en Boston, fué donde vieron la luz las primeras poesías del joven estudiante del colegio Bowdoin.

Estos primeros ensayos fueron con raras excepciones, imitativos, bien de los poetas á quienes Longfellow leía más y admiraba, ó bien del género poético de la época. Una lectura atenta de la «United States Literary Gazette» demostraría sin duda que Longfellow no es el último cantor americano joven ó viejo en cuyas obras se vea impreso el espíritu del autor de «Thanatopsis.» Esto es perceptible en las primeras composiciones de Longfellow que parecen inspiradas más bien en los libros que en la observación. Los viajes, otros estudios y el progreso

que era la consecuencia de la edad, apartaron al poeta de este camino de sus primeros años, comenzando á formarse en él ese carácter de originalidad que lo distingue.

Regresó à los Estados Unidos, continuó en el ejercicio del profesorado, y á los veinticuatro años se casó. Poco después, en 1833, publicó su primer volumen que contenía una traducción de las "Coplas de Jorge Manrique" precedidas de un "Ensayo sobre la Poesía Moral y Religiosa de España" y seguidas de otros estudios españoles y de siete sonetos de Lope de Vega, de Aldana, de Medrano y de otros.

En 1835 publicó "Outre Mer" libro de viaje en que el poeta da cuenta de sus impresiones en Europa du-

rante los tres años que permaneció allí. Este libro aumentó su reputación y lo hizo designar para suceder al célebre Ticknor en el profesorado de literatura y de lenguas modernas en la Universidad de Harvard. Aceptó este puesto, renunciando el que tenía en Brunswick y por segunda vez se dirigió à Europa con el objeto de completar sus estudios sobre la literatura del Norte de Europa. Permaneció allí poco más de un año, pasando la primavera en Dinamarca y en Suecia y el otoño y el invierno en Alemania. La súbita muerte de su mujer en Rotterdam suspendió su viaje y sus estudios hasta la primavera siguiente en que pudo continuarlos en el Tirol y en Siuza, regresando á los Estados Uni-

dos en Noviembre de 1836 y entrando luego á desempeñar su encargo, el que mantuvo por espacio de diez y ocho años.

En 1839, después de haber escrito en la „North-American Review“ (1837) algunos estudios importantes sobre el „Frithiof's Saga“ y sobre los „Twice-told Tales“ de su compañero de colegio Hawthorne, cuyo talento él fué de los primeros en adivinar; y sobre la „Literatura Anglo Saxona“ y „París en el siglo décimo sétimo,“ publicó „Hyperion,“ novela que fué seguida de la colección poética „Voces de la noche,“ en que se encuentran los pequeños y bellos poemas „The Psalm of life,“ „The Beleaguered City,“ y „Footsteps of Angels.“

En 1842, aparecieron „Baladas y

otros poemas,“ colección en que Longfellow se muestra ya con su verdadero carácter original y más maduro si no más robusto que en las „Voces de la noche,“ En este volúmen salió á luz su poesía más popular y en la que la intención moral supera á la forma poética „Excelsior.“

Después de haber publicado „Baladas y otros poemas,“ Longfellow hizo su tercer viaje á Europa y pasó el verano á orillas del Rhin. Volvió á los Estados Unidos pocos meses más tarde trayendo consigo numerosas poesías que había escrito en el mar y en las cuales expresa con energía su odio á la esclavitud. Los „Poemas sobre la esclavitud“ fueron publicados en 1843 y dedicados á

W. E. Channing, que no vivió lo bastante para poder leer cuanta era la admiración que el poeta tributaba á su carácter y á su obra. Esa dedicatoria contiene este nobilísimo verso:

*"Well done! Thy words are great and bold;*

*"At times they seem to me*

*"Like Luther's in the days of old,*

*"Half battles for the free."*

En 1843, Longfellow se casó en segundas nupcias y adquirió la propiedad de la casa conocida con el nombre de "Craigie-House" cerca de la Universidad de Harvard en Cambridge, en que vivió hasta su muerte, y que debía ese nombre á Andrés Craigie, uno de sus anteriores propietarios. En ese mismo año publicó el "Estudiante español," comedia en tres actos.

En 1846 "La torre de Brujas y otros poemas" y en 1847 "Evangelina," su poema más famoso y más conocido en el mundo literario.

En 1849 salió á luz su novela "Kavanagh," en 1850 "A orillas del mar y al amor de la lumbre" y en 1851 "La Leyenda de oro." En 1855 publicó "El canto de Hiawatha," "Los amores de Miles Standish," "Cuentos de una posada" "John Endicot" y "Miles Corey" dramas histórico (1868) "Tres libros de cantos" (1872) en el que inserta varias traducciones de cantos orientales y "Kéramos y otros poemas," volumen que encierra doce traducciones de poetas franceses, alemanes é italianos.

Desde 1854 en que habla renun-

ciado su catedra de la Universidad de Harvard se había retirado al seno de su familia, viviendo apaciblemente entregado á sus tareas literarias en aquella hermosa casa, construida en la primera mitad del siglo pasado por el coronel John Vassal y que había honrado Washington, habitando en ella después de la batalla de Bunker's Hill y mientras preparaba el sitio de Boston, y en que habían vivido también por temporadas hombres célebres en las letras como Everett el orador, Sparks el historiador y Worcester el lexicógrafo.

Allí rodeado de amigos, visitado por cuantas personas eminentes tenía el país, admirado por propios y extraños, adorado por su familia y

sus discípulos, disfrutando de todas las comodidades que una vida sobria y sus numerosos trabajos recompensados en aquel pueblo inteligente habían podido procurarle, Longfellow, gozó en su tranquila y serena ancianidad de una gloria que fué tanto menos disputada cuanto era más pura y merecida por su noble inspiración y por sus excelentes virtudes, siendo llorado cuando murió el 2. de Marzo de 1882 por la gran nación cuyo ornamento había sido durante 75 años, que fueron los de su vida, útil y gloriosa.

Fueron sepultadas sus cenizas en el cementerio de Mount Auburn, en donde lo mismo que en su casa, se renuevan cada día los peregrinos admiradores del gran poeta.

Tal fué Longfellow, el autor de  
"Evangelina."

Ahora bien: ¿y qué es este poema?

Pues este poema que con el "Canto de Hiawatha" constituye el verdadero título que tiene Longfellow, á ser llamado uno de los patriarcas de la Literatura Nacional americana, es un poema esencialmente americano, por su asunto, por su colorido, por el carácter descriptivo que lo distingue, tanto respecto de los cuadros, como respecto de los personajes, en fin, por el reflejo que se contempla en él, de la vida y de la naturaleza americanas. Los lectores pueden conocerlo en la fiel y elegante traducción del joven poeta mexicano, que tan admirada fué en el Liceo Hidalgo, cuando su autor le dió

lectura. No hablaré, pues, de su trama, ni de las mil bellezas que contiene. Esto será apreciado por el lector, á su tiempo.

Sólo referiré porque es necesario, y porque pocos de los estudios que se han escrito acerca de Longfellow hablan de ella, la tradición de la que el poeta sacó los elementos, para su poema conmovedor, Y no haré más que traducir del inglés la "Introducción histórica," que precede á Evangelina, en la colección publicada en Boston en 1880, con el título de "Americans Poems."

El país, dice, conocido ahora con el nombre de Nueva Escocia, y llamado primeramente Acadia por los franceses, estuvo alternativamente

en poder de éstos y de los ingleses hasta el año de 1713, en que por la paz de Utrecht fué cedido por Francia á la Gran Bretaña, y desde entonces permaneció en poder de los ingleses. Pero en 1713, los habitantes de la Península eran en su mayor parte, aldeanos y pescadores franceses cerca de Minas Basin y en Annapolis River, y el gobierno inglés solo ejercía sobre ellos un poder nominal. No fué sino en 1749, cuando los ingleses mismos comenzaron á fundar establecimientos en el país, y en ese año pusieron los cimientos de la ciudad de Halifax.

Los celos comenzaron á surgir entre los colonos, ingleses y franceses, que se exacerbaron por el gran conflicto que á la sazón dividía á las dos

metrópolis; porque el tratado de paz de Aix-la-Chapelle en 1748 que confirmó á los ingleses el derecho á la Nueva Escocia, apenas fué una tregua entre los dos poderes que habían estado luchando por ese dominio, desde el principio del siglo. Los franceses se empeñaron en una larga controversia con los ingleses, respecto de los límites de la Acadia, que habían sido definidos por los tratados en términos generales y se urdieron intrigas entre los indios que simpatizaban generalmente con los franceses, para molestar á los colonos ingleses. Los Acadianos estaban unidos á los franceses por la sangre y por la religión, pero reclamaban el derecho de permanecer neutrales, y pedían que este derecho les fuese ga-

rantizado previamente, por los empleados ingleses de la corona. El único punto de disputa era el juramento de fidelidad que exigían los ingleses á los acadianos. Estos rehusaban prestarlo, á no ser en la forma modificada, que los excusase de hacer armas contra los franceses. La demanda de los ingleses fué hecha repetidas veces, y evadida con ingenuidad y persistencia constantes. Los acadianos, en su mayor parte, fueron probablemente gente cándida y apacible, que deseaba solo vivir tranquila en sus granjas; pero había algunos espíritus inquietos, especialmente entre los jóvenes, que comprometieron la reputación de la comunidad, y todos estaban bajo la influencia de sus sacerdotes, algu-

nos de los cuales, no hacían un secreto de su amarga hostilidad contra los ingleses y de su determinación de valerse de todos los medios, para libertarse de ellos.

Como los intereses ingleses se aumentaban, y las relaciones violentas entre los dos países, se aproximaban á una guerra abierta, la cuestión relativa al modo de zanjar el problema acadiano, llegó á ser la dominante en la colonia. Había algunos que deseaban apoderarse de las ricas granjas de los acadianos; otros estaban inspirados por el odio religioso; pero el espíritu que prevalecía, era el del temor á la cercana presencia de una comunidad que, llamándose neutral, podía, llegada la ocasión, ofrecer un conveniente

apoyo al ataque del enemigo. Aún exigir á estas gentes que se retirasen al Canadá ò á Louisbourg, sería reforzar á los franceses y convertir á estos neutrales, en enemigos declarados. La colonia resolvió finalmente, sin consultar al gobierno local, trasladar á los acadianos á otras partes de la América del Norte, distribuyéndolos en las colonias, con el objeto de impedir ningun concierto entre las familias así esparcidas, por el cual pudiesen regresar á la Acadia. Para lograr esto, los preparativos debían ser rápidos y secretos. Había á las órdenes del gobernador inglés, un número de tropas de Nueva Inglaterra traídas allí, para la captura de los fuertes que había en el país disputado, cerca de la

parte superior de la bahía de Fundy. Estas tropas se hallaban al mando del teniente coronel John Winslow, de Massachusetts, biznieto del gobernador Edward Winslow de Plymouth, y á éste caballero y al capitán Alexander Murray, fué presentada la petición, para trasladar á los acadianos. Se les sugirió además, que usaran, si era posible de un estratagema, á fin de atraer juntas á varias familias, y de impedir que algunas se escaparan á los bosques. El día 2 de Setiembre de 1755 Winslow expidió una orden escrita, dirigida á los habitantes de Grand-Pré, Minas, River Canard, etc., "tanto á los viejos, como á los jóvenes y á los muchachos," intimando á todos los varones para que lo espera-

rantizado previamente, por los empleados ingleses de la corona. El único punto de disputa era el juramento de fidelidad que exigían los ingleses á los acadianos. Estos rehusaban prestarlo, á no ser en la forma modificada, que los excusase de hacer armas contra los franceses. La demanda de los ingleses fué hecha repetidas veces, y evadida con ingenuidad y persistencia constantes. Los acadianos, en su mayor parte, fueron probablemente gente cándida y apacible, que deseaba solo vivir tranquila en sus granjas; pero había algunos espíritus inquietos, especialmente entre los jóvenes, que comprometieron la reputación de la comunidad, y todos estaban bajo la influencia de sus sacerdotes, algu-

nos de los cuales, no hacían un secreto de su amarga hostilidad contra los ingleses y de su determinación de valerse de todos los medios, para libertarse de ellos.

Como los intereses ingleses se aumentaban, y las relaciones violentas entre los dos países, se aproximaban á una guerra abierta, la cuestión relativa al modo de zanjar el problema acadiano, llegó á ser la dominante en la colonia. Había algunos que deseaban apoderarse de las ricas granjas de los acadianos; otros estaban inspirados por el odio religioso; pero el espíritu que prevalecía, era el del temor á la cercana presencia de una comunidad que, llamándose neutral, podía, llegada la ocasión, ofrecer un conveniente

apoyo al ataque del enemigo. Aún exigir á estas gentes que se retirasen al Canadá ò á Louisbourg, sería reforzar á los franceses y convertir á estos neutrales, en enemigos declarados. La colonia resolvió finalmente, sin consultar al gobierno local, trasladar á los acadianos á otras partes de la América del Norte, distribuyéndolos en las colonias, con el objeto de impedir ningun concierto entre las familias así esparcidas, por el cual pudiesen regresar á la Acadia. Para lograr esto, los preparativos debían ser rápidos y secretos. Había á las órdenes del gobernador inglés, un número de tropas de Nueva Inglaterra traídas allí, para la captura de los fuertes que había en el país disputado, cerca de la

parte superior de la bahía de Fundy. Estas tropas se hallaban al mando del teniente coronel John Winslow, de Massachusetts, biznieto del gobernador Edward Winslow de Plymouth, y á éste caballero y al capitán Alexander Murray, fue presentada la petición, para trasladar á los acadianos. Se les sugirió además, que usaran, si era posible de un stratagemata, á fin de atraer juntas á varias familias, y de impedir que algunas se escaparan á los bosques. El día 2 de Setiembre de 1755 Winslow expidió una orden escrita, dirigida á los habitantes de Grand-Pré, Minas, River Canard, etc., "tanto á los viejos, como á los jóvenes y á los muchachos," intimando á todos los varones para que lo espera-

señ en la iglesia, en Grand-Pré, el día 5 siguiente, para oír una comunicación que el gobernador había enviado. Como se habían entablado negociaciones respecto del juramento de fidelidad, y se había discutido mucho acerca de la retirada de los acadianos del país, aunque nada se había hablado de su traslación y dispersión, entendiéndose que se trataba de una reunión importante, y el día señalado, cuatrocientos diez y ocho hombres y niños, se reunieron en la iglesia. Winslow, acompañado de sus oficiales y hombres, hizo que se colocase una guardia en torno de la iglesia, y entonces anunció al pueblo, que su Magestad había resuelto que fuesen los acadianos trasladados con sus familias fuera del país.

La iglesia se convirtió en cárcel y todos los prisioneros fueron puestos bajo una estricta vigilancia. Al mismo tiempo, iguales hechos se realizaban en Pisiquid bajo las órdenes del capitán Murray y con menos éxito en Chignecto. Entretanto hubo murmullos de levantamiento entre los prisioneros, y como los trasportes que se habían pedido á Boston no habían llegado todavía, se determinó hacer uso de los buques que habían conducido á las tropas y trasladar á ellos á los hombres, bajo buena custodia. Esto se hizo el 10 de Setiembre y los hombres permanecieron en los buques en el puerto hasta la llegada de los trasportes, y haciéndose uso de éstos, cerca de tres mil personas fueron desterradas del

país y enviadas á la Carolina del Norte, Virginia, Maryland, Pensilvania Nueva York, Connecticut y Massachusetts. En la confusión y precipitación de la partida, precipitación que se aumentaba por el ansia de los oficiales de libertarse de esta desagradable tarea, y confusión que era mayor por la diversidad de los idiomas; muchas familias se separaron y algunas nunca volvieron á reunirse. La historia de Evangélica es la historia de semejante separación. La traslación de los acadianos fué una mancha para el gobierno de Nueva Escocia y para el de la Gran Bretaña que nunca desaprobó el atentado, aunque éste fué cometido probablemente sin el permiso directo ni orden del gobierno

inglés. Se ha probado que era innecesario, pero es preciso también recordar, que para muchos hombres, en este tiempo, el poder inglés parecía temblar ante el de Francia y que la colonia de Halifax miraba este acto, como un acto de preservación.

Las autoridades, para la indagación histórica sobre este asunto pueden consultarse mejor en un volumen publicado por el gobierno de Nueva Escocia en Halifax en 1859 con el título de "Selections from the Public Documents of the Province of Nova Scotia," editor Thomas B. Akins; y en un diario manuscrito llevado por el coronel Winslow y que está ahora en el gabinete de la Sociedad histórica de Massachusetts, en Boston. En la casa del Estado

en Boston hay des volúmenes de documentos con el título de "French Neutrals" que contienen voluminosos papeles relativos al tratamiento de los acadianos que fueron enviados á Massachusetts. Probablemente la obra usada por el poeta al escribir su "Evangelina" fué la que se intitula "An Historical and Statistical Account of Nova Scotia" por Thomas C. Haliburton, que es más conocido como autor de "The Clock-Maker on The Sayings and Doings of Samuel Slick of Slickville," libro que escrito aparentemente para excitar á los habitantes de Nueva Escocia á mayores empresas, fué por largo tiempo, el principal representante de la agudeza yankee. La historia del juez Haliburton se publicó

en 1829. Una última historia que tiene la ventaja de contar con documentos históricos es "A history of Nova Scotia or Acadia," por Bea-mish Murdock Esq. Q. C. Halifax 1866. Aun más reciente que ésta es una pequeña, pero bien escrita obra intitulada "The History of Acadia from its First Discovery to its Surrender to England by the Treaty of Paris," por James Hannay, St. John, N. B. 1879. W. J. Anderson publicó un papel en los anales de la Sociedad Histórica de Quebec, Nueva série—parte 7—1870, intitulada "Evangeline and the Archives of Nova Scotia" en la cual examina el poema á la luz de las revelaciones que contiene el volúmen de los Archivos de Nueva Escocia publicados

por T. D. Akins. Los bosquejos de los viajeros en Nueva Escocia, como "Acadia or a Month among the Blue Noses" por T. S. Cozzens, y "Baddeck" por C. D. Warner, presentan el aspecto actual del país y de sus habitantes."

Adicionaré esta introducción con dos notas acerca del nombre "Acadia," y de los antiguos colonos de ese país, arrojados de allí por los ingleses y entre los cuales fué á buscar Longfellow los bellos caracteres de su admirable poema. Tales notas serán útiles á los lectores de la traducción. "En los antiguos documentos "Acadia" es llamada "Cadia;" después se le llamó "Arcadia," "Acadia" ó "Acadie." Este nombre es probablemente una adaptación

francesa de una palabra común entre los indios "Micmac" que vivían allí, y que significa "lugar ó región" y usada como un afijo para otras palabras para indicar el lugar en que se encontraban varias cosas, como arándanos, anguilas y focas que se encontraban en abundancia. Los franceses convirtieron este término indígena en el de "Cadia" ó "Acadia;" los ingleses en el de Quoddy-forma en la que permanece cuando se aplica á los Quoddy y á Quoddy Head, el último punto de los Estados Unidos cercano á Acadia; así como á los compuestos "Passamaquoddy" ó Pollock Ground.

En cuanto al lugar llamado entonces Grand-Pré, en el que Longfellow hace pasar el bellissimo idilio

de los primeros cantos de Evangelina, forma hoy parte de la ciudad de Horton.

Respecto de los primeros colonos de la Acadia, se sabe que eran principalmente descendientes de los colonos que fueron llevados á La Have y Port-Royal por Isaac de Razilly y Charnisay, entre los años de 1633 y 1638. Estos colonos venían de la Rochela, de Saintonge y del Poitou, de modo que habían salido de una área muy limitada en la costa occidental de Francia, cubierta con los departamentos modernos de la Vendée y del Charente inferior. Esta circunstancia ejerció alguna influencia, en la manera de colonizar las tierras de la Acadia, porque ellos venían de un país lleno de pantanos donde el mar era contenido por me-

dio de diques artificiales, y encontraron en la Acadia iguales pantanos, con los cuales, hicieron lo mismo que habían acostumbrado practicar en Francia (Hannay's "History of Acadia pag. 382")

De tan dolorosa historia y de los recuerdos de ese atentado espantoso que aún hoy causa indignación, como la causan todas las infamias que comete la fuerza bruta, el gran poeta americano sacó los elementos para escribir su poema inmortal con el que ha conmovido al mundo.

¿Cuál es el argumento de este poema? Es inútil que lo digamos, cuando los lectores van á conocerlo y á seguir con interés siempre creciente las peripecias de un amor sencillo, apasionado, admirable, que tie-

ne por escena las soledades del Nuevo Mundo, por actores á seres buenos y bellos, como ángeles, pero en el que toma gran parte la Fatalidad, como en las tragedias antiguas. Por otra parte, sería vano esfuerzo querer reproducir en pálida prosa, lo que solo es dado cantar en la lengua divina de los poetas.

La «Evangelina» debe leerse en verso. Solo así puede aspirarse el aroma fresco y grato, que exhala el idilio que se representa en la Acadia; solo así pueden admirarse debidamente los asombrosos cuadros de la Naturaleza americana, en los cuales, Longfellow ha superado por la maestría de las descripciones, por la viveza del colorido y por la magia del estilo á cuantos, encantados por

la belleza del aspecto de la tierra americana, le habían precedido en los dominios de la poesía.

Y bien: ¿cómo clasificar este poema? Yo no quiero adrede abordar esta cuestión. Fuera de que las clasificaciones retóricas, son casi siempre incompletas é inexactas, en nuestro tiempo son inútiles. El poeta actual, penetra en todos los dominios, en el subjetivo y en el objetivo, todo lo invade porque todo lo necesita, para la expresión de la belleza y de la verdad. Busca en los abismos del corazón, las sombrías y terribles luchas del sentimiento; en la vida exterior los aspectos siempre variados y bellos de la indiferente y serena Naturaleza, y en las profundidades insondables del cielo, los

misterios de una fuerza superior. Todo lo estudia, todo lo copia, todo lo siente. Con todo esto se forma el poema moderno. Evangelina es una prueba, la más elocuente quizá, de esta observación literaria. La intensa conmoción de que se siente poseído el lector, se suspende, se interrumpe, para dar lugar á la admiración que causan los cuadros descriptivos, y esa admiración voluptuosa, como que se oscurece de súbito por la inmensa sombra que proyectan en el espíritu las reflexiones amargas que lo sobrecogen y confunden.

Tales son las múltiples y variadas sensaciones que se experimentan, leyendo á Evangelina, y Longfellow ha sabido ser un gran poeta, puesto

que ha logrado mover en el espíritu de sus contemporáneos, como moverá en el de las generaciones venideras, los más importantes resortes del interés y del sentimiento.

Pero sobre todo, y más que todo, ha sido un poeta americano. La América, con su importante belleza y con su magestad virginal, se refleja en el poema entero, y lo llena de tal modo, que críticos muy expertos, pero que como Homero, se dormían alguna vez, adormecidos, podríamos decirlo, ante la magia de los cuadros descriptivos, es decir, ante la naturaleza exterior, no han querido reparar en el cuadro íntimo que sostiene el amor apasionado contra los furios del destino, en el alma de los bellos personajes del poema.

No; Philarète de Chasles, juzgando á Longfellow, no ha conservado su espíritu penetrante y sagáz. El artista, esta vez, no hizo lugar al filósofo, y fué semejante al sordo que admira el plumaje de la ave canora, y no es capaz de apreciar el canto.

Evangelina abunda en bellezas descriptivas, pero también rebosa pasión, una pasión intensa, doliente, pura; la esperanza y el dolor se la disputan, la resignación y una energía digna de los mártires, la sostienen; no vacila, no desfallece, no se desespera; es el símbolo de la fé y de la fuerza. ¿Hay un ejemplo de amor más fuerte y más santo, que el de Evangelina?

En cuanto á la forma, ya lo hemos dicho. Longfellow ha hecho un

poema esencialmente americano. Su estilo es fuertemente pintoresco, nervioso, original. Si se nos permitiera diríamos, que había introducido en la flexibilidad del lenguaje inglés, la expresión pintoresca del indio de los desiertos americanos, y la piadosa dulzura de los primeros habitantes cristianos del Norte. Su estilo poético es un brevaje aromático, que embriaga y conforta. Es poeta, y parece apóstol; lo que Edgar Poe le censura, constituye precisamente su gran mérito. Evangelina podía haber sido un poema pesimista, y es un poema de cristiana resignación. Es verdad que coloca en la mano de los mártires, una copa de amargura y de lágrimas, pero en ella vierte una gota de ambrosía: la ambrosía

de las esperanzas eternas. ¿Acaso no es ésta la recompensa única de la virtud, en la tierra?

Longfellow escribió su poema en el metro conocido como exámetro dactílico inglés y ésto ha aumentado la dificultad, ya grande de por sí, de traducirlo á otra lengua, especialmente si esta lengua es latina. No tenemos en español un metro equivalente, y hay que encerrar en el endecasílabo, combinándolo de modo que no pierda su magestuosa armonía, el concepto del vate americano.

El joven é inspirado poeta mexicano Joaquín D. Casassus, acometió esta tarea que habría hecho vacilar á los más fuertes; pero el éxito ha sonreído á sus esfuerzos y á su la-

boriosidad. El ha logrado lo que muy pocos traductores alcanzan, á saber: conservar fielmente el texto original y trasladarlo á nuestra lengua con la armonía poética que era necesaria para interpretarlo. Porque parafrasearlo no era tan difícil; pero entonces, ya no era el pensamiento de Longfellow, no eran sus palabras, no era su lenguaje poético el que se nos daba á conocer, sino á lo sumo la idea vaga de su plan; una verdadera imitación. Para traducirlo era preciso guardar rigurosamente las leyes de la exactitud, conservar la imágen con su fuerza y colorido peculiares, buscar en la lengua extraña la armonía y el ritmo equivalentes, y esto sin agregaciones ni omisiones, sin enmendar al poeta y

sin desnaturalizar su pensamiento. Trabajo rudo, en verdad, y para el cual se necesita también de inspiración, de identificación con la índole poética del autor.

Desde que el joven traductor nos leyó su obra en lo particular y pudimos compararla con el texto, admiramos complacidos estas cualidades que tan pocas veces brillan en las traducciones. En la suya notamos inmediatamente, que no se marchitaba la frescura del estilo de Longfellow, que no se evaporaba el aroma silvestre y balsámico que exhala, si vale expresarnos así, que no palidecía su colorido americano. Conservaba el verso endecasílabo del traductor mexicano todas esas dotes que caracterizan al original, y así

como éste, aunque escrito en inglés, nunca se confundirá, por ejemplo, con el estilo del «Maufred» de Byron, de la «Gertrudis de Wommyng» de Campbell ó de «Lalla-Rock» de Moore, así el estilo de la traducción de Casusus no se confundirá tampoco con ninguno de los poemas españoles. Y es: que aunque interpretando en español á un poeta americano que habla inglés, ha sabido ser á su turno, esencialmente mexicano.

Más tarde, cuando el Sr. Casusus leyó su «Evangelina» en el «Liceo Hidalgo» este juicio que habia yo formado acerca de ella, se confirmó plenamente. Encantó á los socios de esa respetable Corporación literaria, no solo por su belleza, sino por su americanismo, que no puede repro-

ducirse, sino por un americano. Un europeo que no conociera la América, difícilmente podría comprender y expresar con la viveza de colorido que se requiere, la belleza de nuestros cuadros naturales, la energía de nuestros sentimientos y los caprichos de nuestra lengua, enriquecida por los modismos y por la influencia de nuevas nociones en la contemplación de una Naturaleza nueva.

Precisamente estas últimas circunstancias dieron motivo en el seno del Liceo, à algunas observaciones, no acerca de la exactitud y belleza de la traducción, sino del empleo de giros nacionales y de mexicanismos en el estilo; pero tambien tuvimos nosotros el honor de demostrar allí la conveniencia del uso de estos gi-

ros y modismos, como propios de nuestra literatura nacional que tiene el derecho de ponerlos en circulación, como característicos de su caudal independiente.

Y en efecto, si algo dá una fisonomía peculiar á nuestra poesía y á nuestra prosa, es el uso de los modismos, conformes a la índole filosófica de toda lengua que se habla por un pueblo soberano é independiente, con otras instituciones, otras costumbres, otras necesidades y numerosísimos elementos lingüísticos nuevos que no tiene la nación que impuso en otro tiempo esa misma lengua, ni las otras que la conservan tambien, como fondo de las suyas.

Este argumento irresistible justifica plenamente el uso que ha hecho

el poeta mexicano, de modismos y palabras que traducen mejor las ideas del poeta americano, como podría probarse si ea detalle pudieran citarse con el texto al frente.

Réstanos sólo decir algo sobre las traducciones que se han hecho en español de la «Evangelina.» No conocemos más que dos en verso una del Sr. Morla Vieuña, diplomático chileno (Nueva York—1871) y otra de D. Federico Rahola, publicada en el «Mundo ilustrado,» periódico de Barcelona núms. 179-192.

Pero sin que sea nuestra intención rebajar en lo más mínimo la reputación de tan entendidos literatos, sino guiados únicamente por el amor á la justicia y á la verdad, podemos decir que la primera de esas traduc-

ciones, aunque hecha en sonoras octavas reales, es demasiado parafrásica y tanto, que á veces no parece sino una mera imitación de Longfellow.

Nuestro ilustrado amigo y consocio el Sr. D. Francisco Sosa, en el magnífico Juicio Crítico, que leyó hace poco en el «Liceo Hidalgo» comparando la traducción de la «Jerusalem libertada» hecha por el español Sr. Pezuela, conde Cheste, con la que hizo nuestro compatriota el Sr. Gómez del Palacio, censura con razón en la del primero las libertades frecuentes que se toma, añadiendo algo de su propia cosecha, ó alterando notablemente el original del gran poeta italiano. ¿Qué diría el juicioso crítico mexicano si exami-

nara la traducción de «Evangelina» hecha por el Sr. Morla Vicuña en que se intercalan muchos versos que no pertenecen á Longfellow, se sustituyen imágenes, se omiten pensamientos y se cambian con frecuencia las ideas del poeta?

Demostrarlo sería fácil, si no temiéramos alargar demasiado las dimensiones del presente estudio.

En cuanto á la segunda, escrita en versos endecasílabos sin rima, nos parece en su mayor parte bastante literal, aunque se separe á veces del texto, juzgando quizá poco poéticas imágenes que en realidad lo son; pero el estilo tiene un carácter áspero y un pronunciado sabor á prosa que ni siquiera dulcifican las armonías del consonante ò del asonante que

solo pueden olvidarse en el verso libre, cuando éste es eminentemente melodioso.

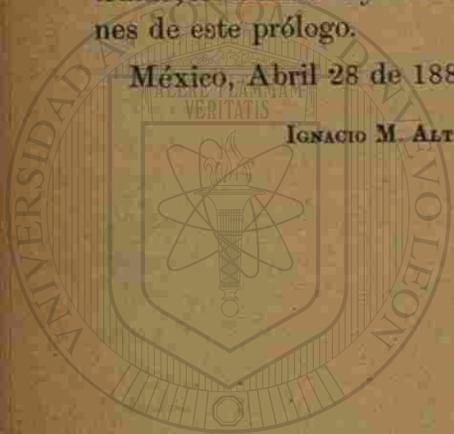
No sucede otro tanto con la traducción del Sr. Casassus, hecha en sextinas de versos endecasílabos con una combinación especial. No conociendo, como nos consta que no conocia las dos traducciones mencionadas, limitóse á alterar el metro del original inglés, porque no era posible usarlo en la poesía española, y no quiso aceptar tampoco la octava; pero en la forma métrica que adoptó ha conservado la magestad armoniosa que conviene al poema y sobre todo ha sido traductor fiel, y elegante versista.

Lo felicitamos por su trabajo, y en señal de homenaje, colocamos en las

puertas del bello templo que ha construido, los humildes y rústicos festones de este prólogo.

México, Abril 28 de 1885.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

## INTRODUCCION.

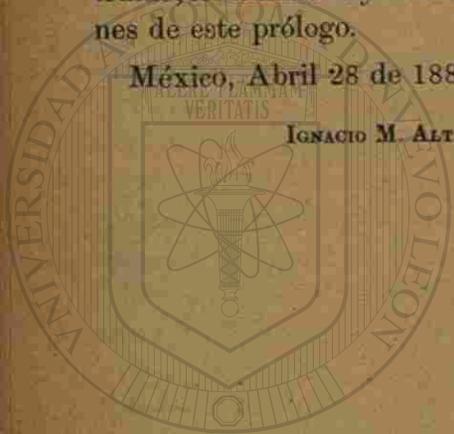
### I

Esta es la selva de la edad primera.  
 mirad los viejos pinos rumorosos  
 agitando la verde cabellera  
 que á la hora del crepúsculo, musgosos,  
 y entre la sombra envueltos, aparecen,  
 cuando los vientos su ramaje mecen,  
 ya como ancianos druidas que se quejan  
 con profética voz, ya como bardos  
 que sobre el ancho y dilatado pecho  
 la larga barba descansando dejan.  
 Oid del mar, que su furor esconde  
 en sus antros de rocas, el rugido,  
 y la voz con que triste le responde  
 de los bosques lajanos, el gemido.

puertas del bello templo que ha construido, los humildes y rústicos festones de este prólogo.

México, Abril 28 de 1885.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

## INTRODUCCION.

### I

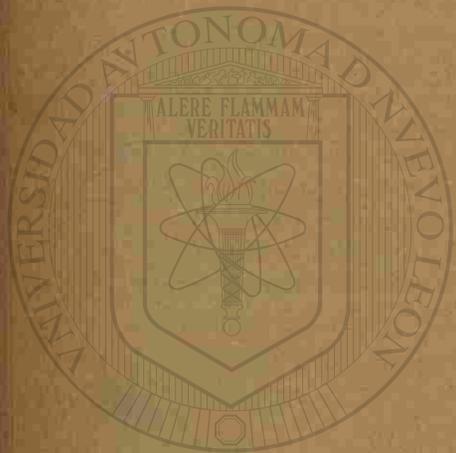
Esta es la selva de la edad primera.  
 mirad los viejos pinos rumorosos  
 agitando la verde cabellera  
 que á la hora del crepúsculo, musgosos,  
 y entre la sombra envueltos, aparecen,  
 cuando los vientos su ramaje mecen,  
 ya como ancianos druidas que se quejan  
 con profética voz, ya como bardos  
 que sobre el ancho y dilatado pecho  
 la larga barba descansando dejan.  
 Oid del mar, que su furor esconde  
 en sus antros de rocas, el rugido,  
 y la voz con que triste le responde  
 de los bosques lajanos, el gemido.

## II

Esta es la elva de la edad primera.  
 ¿Más dónde están los tiernos corazones  
 que, gozando de alegre primavera,  
 unísonos y amantes palpitaron  
 como el corzo que salta temeroso  
 cuando en el bosque al cazador escucha,  
 siempre á su voz alerta y receloso?  
 ¿Dónde los techos de las pobres chozas  
 el hogar de los buenos labradores  
 cuyas vidas felices y dichosas,  
 ajenas al dolor, se deslizaron  
 cual las aguas del tímido arroyuelo  
 que á la par que las sombras de la tierra  
 copia la imagen del azul del cielo?  
 ¡Vastos los campos son y dilatados,  
 más de ellos para siempre abandonados!  
 Como el polvo y las hojas con que cubre  
 los tristes campos destructor otoño,  
 que los vientos de Octubre  
 remueven, barren y hasta el mar alejan  
 y ni una huella por los campos dejan,  
 menos su tradición, en el olvido  
 todo fué para siempre sumergido.

## III

Vosotros los que creéis en el afecto  
 que tierno sufre y que paciente espera,  
 vosotros los que creéis que persevera,  
 si arde abrasado por ardiente llama  
 el corazón de la mujer cuando ama,  
 la tradición oid que rumorosos  
 cantan los pinos de la Acadia selva;  
 escuchad y guardad en la memoria  
 de un casto amor la lamentable historia.



## PRIMERA PARTE.

### I.

Sobre las playas de la Acadia tierra  
y en el valle que forma altiva sierra,  
que del furor del viento lo defiende  
cuando corre agitando la bahía,  
del *Gran-Pré*, entre los árboles, se extiende  
la pintoresca aldea todavía.

Hacia el Este se ve la línea oscura  
del océano ondulante de verdura  
que fingen las praderas, que á la aldea  
su nombre dando van todos los años,  
sin temor á que crezca la marea,  
á paecer los innúmeros rebaños.

Diques soberbios ante el mar clavados,  
 por pobres labradores trabajados,  
 cierran la entrada á las gigantes olas  
 que mueren abatidas en la arena,  
 cuando su lucha sobre el mar, á solas,  
 la altiva roca de la playa enfrena.

Pero en los días en que Otoño cubre  
 de hojas secas el campo, cuando Octubre  
 deata sus torrentes, tras la valla  
 se alza la mar airada é iracunda  
 en prolongada y desigual batalla,  
 y las praderas fértiles inunda.

Al Oeste y al Sur, en las cañadas,  
 se ven en largas eras agrupadas  
 de hortalizas las verdes sementeras,  
 el lino con sus altos carrizales,  
 é imitando á los pies de las laderas,  
 de la brisa el murmullo, los trigales.

Hacia el norte del valle, en la vertiente  
 de las altas montañas que la frente  
 levantan hasta el cielo, las neblinas

que el viento del Atlántico amontona,  
 parecen, caprichosas, blanquecinas,  
 de las montañas la imperial corona.

Y más allá de la pesada niebla  
 que lo profundo de los bosques puebla,  
 se ve alzarse la tienda, reclinada  
 sobre aquellas inmensas soledades.  
 Allí se halla la aldea, circundada  
 por sus ricas y vastas heredades.

Rústicas chozas, bajas y pequeñas  
 como nidos de pájaros, risueñas,  
 semejantes á aquellas que construfa  
 con olmos y con robles fabricadas  
 el labriego en la baja Normandía,  
 en el valle mirábanse agrupadas.

Eran de paja los cerrados techos,  
 pero la luz del sol entraba á trechos  
 por las altas ventanas; y en el día  
 el umbral de las casas resguardaba  
 del calor que la siesta producía,  
 la sombra que el aleró proyectaba.

Allí, en las tardes dulces del verano,  
cuando el brillante sol tras el cercano  
monte ocultaba el disco engrandecido,  
iluminando apenas las aldeas  
y dorando el torrón ennegre ido  
de las altas y oscuras chimeneas,

En el umbral sentadas, afanosas,  
las madres y las niñas siempre hermosas,  
con blancos gorros la cabeza envuelta,  
al son de sus canciones, escardaban  
del lino de oro la madeja suelta  
que con sus ruecas, incesante hilaban.

Allí, solemne, interrumpiendo el juego  
de los robustos niños del labriego,  
con su dulce sonrisa, aparecía  
nuncio de paz, el cura, que al oírles,  
cubierta por sus besos, extendía  
su mano envejecida á bendecirles.

Ellos saltando, entre la mano el gorro,  
le formaban al cura alegre corro,  
do legaban las niñas ruborosas

en unión de sus madres, saludando  
á aquel noble pastor, á quien gozosas  
iban todas amantes abrazando.

A esas horas los pobres labradores,  
del campo regresaban con sus flores;  
lentamente del sol oscureciendo  
abase el disco enorme, engrandecido,  
el valle y sus contornos envolviendo  
con el color del hierro enrojecido.

Entonces desde el alto campanario,  
alzado sobre el rústico santuario,  
melancólico el Angellus sonaba,  
y tras los techos de la humilde aldea  
blanca columna de humo se elevaba  
brotando de la oscura chimenea,

Proclamando la paz y la ventura  
de aquella vida que inocente y pura  
de la Acadia los buenos labradores  
llevaban, siempre de su suerte ufanos,  
temiendo á Dios enmedio á sus dolores,  
y amándose felices como hermanos.

Ellos agenos al temor, sin esos  
tristes duelos que causan los excesos  
de los reyes, y de paz rodeados,  
de libertad gozando en sus ciudades,  
vivían ni envidiosos, ni envidiados,  
en medio de sus vastas heredades

Jamás las puertas del hogar cerraron  
ni las altas ventanas encordaron,  
que tan sólo en sus chozas escondían  
frutos de su trabajo y su constancia;  
pobres eran los ricos, y vivían  
los más pobres también en la abundancia.

En lugar retirado de la aldea,  
que no puede bañarlo la marea,  
el labrador más rico, allí llamado  
Bellefontaine Benedicto, alegre habita,  
por pobres y por ricos respetado,  
su modesta y poética casita.

Bella, hscendosa, encantadora y buena,  
encargada de toda la faena  
de la casa paterna, Evangelina

es el espejo de su amante padre,  
porque es ella la luz que la ilumina  
desde la muerte de su santa madre.

Con dulces ojos y el aspecto noble,  
tan erguido y robusto como un roble,  
cuenta ya setenta años el anciano;  
su larga barba sobre el pecho crece,  
y en su cabeza su cabello cano  
una aurëola de virtud parece.

Pero era más hermoso en las mañanas  
contemplar asomada en las ventanas  
de Evangelina la gentil cabeza  
que coronaban diez y siete abriles.  
¡Cuán dulce era su lánguida belleza!  
¡Qué puros de su rostro los perfiles!

Eran negros sus ojos, su cabello,  
cayendo en bucles sobre el blanco cuello,  
sus ebúrneas espaldas sombreaba,  
y su aliento oloroso parecía  
al de la tierna oveja que pastaba  
el verde campo que el tomillo cría.

Cuando en los largos días del verano  
 iba alegre y ligera hasta el cercano  
 y espeso bosque, á la hora de la siesta,  
 sus jarras de cerveza á los pastores  
 llevando, ¡qué gallarda y qué bien puesta  
 mirábanla los buenos labradores!

Mas ¡cuán bella y hermosa en las mañanas,  
 cuando atruenan los aires las campanas  
 con sus santos clamores religiosos,  
 á aquellos fieles al redil llamando,  
 que acuden hasta el templo presurosos  
 al Dios de sus mayores invocando,

los domingos alegres se veía  
 por las calles estrechas, do solía  
 cruzar, entre las manos el rosario,  
 cuyas cuentas menudas jugueteaba,  
 entreabriendo el manual devocionario  
 si alguien desde la iglesia la miraba!!

Y ¡cuán graciosa con su gorra blanca,  
 su azul mantilla que del hombro arranca  
 hasta cubrir el contorneado talle

con sus pliegues sedosos y sencillos,  
 las gentes la miraban por la calle  
 luciendo de su madre los zarcillos.

Que eran la herencia rica y amorosa  
 que ostentaba contenta y orgullosa  
 como prenda de amor! Pero al regreso,  
 después de tierna confesión sincera  
 que aquella pecadora en el exceso  
 de su gloria y su fe sencilla hiciera;

Cuando á su casa tímida volvía,  
 la dulce Evangelina aparecía  
 circundada de bellos resplandores;  
 tras sus huellas perfumes se aspiraban  
 como el aroma de silvestres flores  
 y gratas armonías se escuchaban.

De la montaña sobre la alta cumbre  
 que puebla la crecida machedumbre  
 de pinos y de robles, dominando  
 la mar serena que á sus piés se extiende,  
 los picos de la roca acariciando,  
 su alegre casa sus aleros tiende.

Junto al pórtico rudo y mal tallado,  
por rústicos asientos circundado,  
crecía un sicomoro, do enredaba  
sus tallos trepadora madresolva,  
y un huerto de hortalizas que llegaba  
hasta el límite extremo de la selva.

Al pie del sicomoro un cobertizo  
fabricado con paja y con carrizo  
ocultaba debajo sus aleros  
la colmena de abejas, que en las horas  
del intenso calor, en los senderos  
buscaban los tomillos zumbadoras.

A un lado del camino, en la pendiente  
que hacia la mar se inclina suavemente  
y á la casa sirriéndoles de abrigo,  
se alzaban los graneros, que se hundían  
bajo la carga de abundante trigo  
que en las buenas cosechas recojían.

En ellos terminada la faena  
de la siembra del trigo, que en la buena  
y propicia estación verificaban,

los rastrillos, los carros, el arado  
limpios y desuncidos, ocultaban  
en rincón de las mieses apartado.

Mas allá, de las cándidas ovejas  
mirábase el redil, y tras las rejas  
el extenso y magnífico serrallo  
donde orgulloso el pavo se paseaba,  
y escarbando la tierra, alegre el gallo  
con sus cantos la casa atolondraba.

Tras de las tapias del corral, gracioso  
se alzaba el palomar, donde en dichoso  
y cándido consorcio, entre sus nidos,  
como amantes y tiernos trovadores,  
murmurando sus quejas y gemidos  
las palomas cantaban sus amores.

Y dominando todo la veleta  
sobre los techos del hogar sujeta  
el rumbo de los vientos señalando,  
con su ruido monótono zumbaba,  
en los valles cercanos proclamando  
que el aire fresco de la mar soplabá.

Así, de sus amigos alejado  
pero por ellos con afán buscado,  
de Dios gozando y siempre satisfecho,  
siendo de Evangelina la alegría,  
de aquel hogar bajo el humilde techo  
aquel honrado labrador vivía.

Cuando iba Benedicto sus pesares  
á consolar al pie de los altares  
los aldeanos que al templo lo seguían  
á Evangelina siempre contemplaban  
con esa devoción con que solían  
á los santos mirar cuando rezaban.

¡Qué feliz y dichoso se creyera  
el que tan sólo conseguido hubiera,  
aunque cuando fuese con objeto vano  
en su casa en las tardes recibido,  
estrechar una vez su blanca mano  
ó las orlas tocar de su vestido!

Cuando iban los aldeanos á su puerta  
para ellos siempre con cariño abierta  
y el lento ruido de su paso oían

en medio de sus dulces emociones,  
ante ella humildes revelar también  
el amor de sus nobles corazones.

Pero en la fiesta que la Iglesia crea  
para el santo Patrono de la aldea,  
entusiastas y menos temerosos  
sus manos estrechaban en la danza  
y al compas de la música, gozosos  
le hablaban de su amor sin esperanza.

Más de aquellos aldeanos que seguían  
do quiera á Evangelina, y que venían  
hasta su casa con afán pñolijo,  
el preferido de su amor sincero  
era Gabriel de Lajeunesse, el hijo  
del buen Basilio, el laborioso herrero.

Era Basilio, un viejo respetado  
como hombre bueno y artesano honrado,  
porque aunque fuese su fortuna escasa  
siempre el herrero cuando fue cumplido  
gozó en la aldea protección sin tasa  
y fué por los demas enaltecido.

Entre Basilio y Benedicto había una antigua amistad que los unía; y así sus hijos á la par crecieron, juntos los dos desde su edad temprana en el suelo feliz en que nacieron, como crece un hermano con su hermana.

El Padre Feliciano fué el maestro que educara á los dos; porque era el diestro y sabio pedagogo que enseñaba á los niños á leer, y en sus lecciones los himnos de la Iglesia les cantaba para alentar sus tiernos corazones.

Pero Gabriel y Evangelina huían cuando los cantos terminado habían y se iban á la fragua del herrero á mirar con los ojos asombrados las llamas palpitantes del brasero y los fierros entre ellas arrojados.

A veces en las tardes, de la hornaza junto al calor, que la mejilla abrasa contemplando las chispas que encendidas

brotaban de las brasas resonando por los fuelles inmensos esparcidas, los dos reían, á la par saltando,

Porque en sus juegos cándidos llamaban á las chispas que pronto se apagaban cayendo tras la reja muy aprisa monjas encapotadas, como viejas, que iban á la capilla á oír su misa resguardadas del coro tras rejías.

En el invierno crudo, en su trineo, como el águila audaz que en el deseo de asir su presa á descender se atreve, de los montes bajaban las laderas rápidos deslizándose en la nieve hasta llegar corriendo á las praderas.

Por el granero á veces se subían hasta alcanzar las ramas que encubrían entre sus hojas, el abierto nido, do errantes golondrinas ocultaban esas piedras del mar, que siempre han sido el talismán con que ellas adiestraban

Antes que fuese á levantar el vuelo,  
 los ojos inexpertos del polluelo.  
 ¡Qué contentos, felices y dichosos,  
 después de su faena se creían,  
 si las piedras hallaban, que afanosos  
 los dos tan sólo por buscar venían!

Así de la niñez, sin desengaños,  
 mirar corrieron los felices años;  
 mas cuando niños por su mal no fueron,  
 cuando llegó la juventud, que bella  
 torna siempre la vida, comprendieron  
 que él era hermoso y seductora ella.

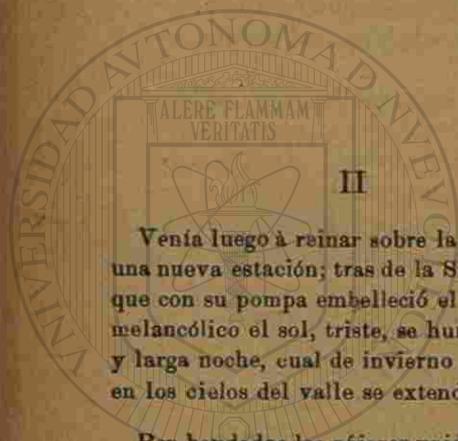
El era un joven ya, valiente, osado,  
 en el trabajo rudo ejercitado,  
 mas en su cara juvenil y hermosa,  
 en su frente á los cielos parecida,  
 se miraba la luz esplendorosa  
 de la alegre mañana de la vida.

Ella era una mujer, sencilla y buena,  
 á los pesares y al dolor agena,  
 con alma pura á ser predestinada

de la virtud el abrigado puerto  
 en la mar de la vida áun no cruzada,  
 y un corazón á la esperanza abierto.

Y era tan bella, tan hermosa era,  
 que al mirar su florida primavera,  
*de Santa Eulalia resplandor fecundo*  
 la llamaban aquellos labradores;  
 porque así como el sol, que el infecundo  
 árbol del bosque coronó de flores,

Ella también de su feliz esposo  
 el hogar apacible y venturoso,  
 llena de amor, sin celos,  
 cual sol fecundo que las flores cría,  
 con enjambre de niños pequeñuelos,  
 bellos y sonrosados, poblaría.



Venía luego à reinar sobre la tierra  
una nueva estación; tras de la Sierra,  
que con su pompa embelleció el verano,  
melancólico el sol, triste, se hundía,  
y larga noche, cual de invierno cano,  
en los cielos del valle se extendía.

Por bandadas los pájaros unidos,  
sus amorosos y desiertos nidos  
en medio de la selva abandonando,  
cruzaban por la atmósfera ligeros,  
el calor de los trópicos buscando  
én las islas do crecen los palmeros.

La cosecha riquísima del trigo  
quedaba de las trojes al abrigo;  
pero los bosques que ningún retoño

ni una yema en sus ramas conservaban,  
con los vientos terribles del Otoño,  
cual Jacob con el ángel, batallaban.

Todo en aquellos valles predecía  
cuándo inclemente la estación sería  
del invierno cruel; que trabajando  
con profético instinto, sus faenas  
aumentaba la abeja, y rebotando  
dejaba su panaal en las colmenas.

Y el indio cazador, en la mañana,  
al mirar el vellón de espesa lana  
de los grandes rebaños de carneros,  
previsor anunciaba y receloso,  
que tras los otoñales aguaceros,  
el invierno sería riguroso.

Tal era del Otoño la llegada. . . .  
después seguía la estación llamada  
"el verano sin sol de Todos-Santos,"  
por aquellos humildes labradores  
que celebraban con sencillos cantos  
sus cosechas, sus mieses y sus flores.

En el cielo purísimo y sereno  
brillaba el aire trasparente, lleno  
de pálidos fulgores; y el paisaje  
que al pié de las montañas se miraba,  
enseñaba el espléndido follaje  
que nueva y dulce juventud le daba.

La paz que en germen la ventura encierra  
parecía reinar sobre la tierra;  
y el mar gigante, que levanta airado  
su rudo oleaje rebramando á solas,  
acallar parecía sossegado  
el monólogo eterno de sus olas.

En suave y deliciosa melodía  
dulce en el aire resonar se oía  
de las tiernas palomas el arrullo,  
la voz de los muchachos que jugaban,  
el cantar de los gallos y el murmullo  
de las aves que el cielo atravesaban;

Los árboles frondosos de los huertos  
por el rocío matinal cubiertos,  
ante la luz del sol, aparecían

envueltos en sus rayos, deslumbrantes,  
porque ellos en sus hojas les fingían  
mil coronas de trémulos diamantes;

Y el sol en las mañanas, la alta cumbre  
del monte trasponiendo, con su lumbré,  
tras de una gasa de oro que flotaba  
cual de una casta desposada el velo,  
con dulce resplandor iluminaba  
la tierra, el mar, el horizonte, el cielo.

Después volvían á reinar las horas  
de la paz y el descanso protectoras,  
y los días de Junio calurosos  
con que el verano fecundó la tierra,  
huían de los cielos, presurosos  
tras los picos nevados de la Sierra.

A la hora del crepúsculo, sombría,  
la estrella de la tarde aparecía,  
y con el paso tardo, por los valles  
mirábase el ganado, caminando  
entre varedas y tortuosas calles,  
el dulce techo del hogar buscando.

De Evangelina la ternera hermosa,  
al entrar los ganados, orgullosa  
de su blancura, con la cinta al cuello  
que alegre campanilla sujetaba,  
y precediendo á todos jera bello  
ver en las tardes si al corral entraba!

Como era entre las otras preferida,  
siempre gozó de regalada vida:  
pasto abundante, el agua fresca y pura,  
de los más apartados manantiales,  
exquisita y solícita ternura,  
y cariño y cuidados maternales!

Y después del redil hasta las rejas  
con el pastor llegaban las ovejas  
de la orilla del mar, que en los vallados,  
que á un lado de la playa se veían  
del mar y sus crecientes resguardados,  
pastos sabrosos encontrar solían;

Y tras de ellas mirábase afanoso,  
de aquella ocupación siempre orgulloso,  
la larga cola sin cesar meciendo

y altanero paseando sus miradas,  
al perro fiel, entre el rebaño, siendo  
pastor de las ovejas descarriadas:

Cuando el pastor cansado se durmiera,  
él, el guardián de las ovejas era,  
y en la noche en los bosques, cuando un daño  
temiera de los lobos en acecho,  
él era el protector de su rebaño,  
á riesgo de su sangre y de su pecho.

Más tarde, cuando el cielo de los valles  
la luna iluminaba, por las calles  
los rumores pausados se escuchaban  
de los carros, bajando de la loma,  
que el heno verde hasta el hogar llevaban,  
impregnando los aires con su aroma.

Los airosos caballos ensillados,  
con brillantes arreos enjaezados,  
dando la crin al viento y extendiendo  
la cola, que en el aire se endereza,  
alégres relinchaban, sacudiendo  
como un árbol su copa, la cabeza.

En el rústico establo se miraba  
la lechera afanosa, que ordeñaba  
á las pacientes vacas, y se oían  
de la leche los chorros espumosos  
que las ubres gordísimas vertían,  
caer entre las jarras rumorosos.

Y en donde quiera, en el corral cercado  
y en los altos graneros, del ganado  
se oían á intervalos los mugidos,  
voces de niños, carcajadas, risas,  
cuyos ecos llevaban confundidos  
sobre sus alas las ligeras brisas.

Después quedaba todo silencioso,  
como en tético y lánguido reposo;  
con monótono ruido se cerraban  
el corral y las puertas del granero,  
y los mozos, cansados se alejaban  
á cenar, á la lumbre del brasero.

Junto de la encendida chimenea,  
que en esas noches el hogar recrea,  
Benedicto, en su silla recostado,

miraba el humo en espiral, y el fuego  
que en rojas lenguas se alevaba airado,  
ora enroscarse, desasirse luego.

Tras de su silla, en el rincón oscuro,  
su propia sombra, sobre el alto muro  
con formas vacilantes se miraba;  
ya en gigantesca progresión crecía,  
ya apenas una huella dibujaba,  
ya en lo oscuro la sombra se perdía.

Cuando un fulgor sobre el sillón de cuero  
derramaba la lumbre del brasero  
al abrasar la destrozada astilla,  
hacia en la sombra aparecer risueñas  
las caras que en el roble de la silla  
trazó el artista rudas y pequeñas.

Y en las planchas de peltre, que bruñidas  
colgaban, del armario suspendidas,  
reflejaba su luz la chimenea,  
como el sol se refleja en el acero  
del escudo que agita en la pelea,  
levantando sus brazos el guerrero.

Allí, el anciano, el tono remedando  
 con que solían con acento blando  
 sus padres en Borgoña y Normandía  
 cantar al terminarse la faena,  
 cantaba villancicos que sabía  
 de la poética y dulce Noche Buena.

Y junto al padre, la madeja suelta  
 del blanco lino entre la mano envuelta,  
 para el telar hilando, Evangelina,  
 como al son de una gaita, acompañaba  
 con la cadencia de su rueca fina,  
 las canciones sencillas que entonaba.

Y así como en la Iglesia, al concluirse  
 á intervalos el canto y al oírse  
 la voz del sacerdote, en la alta nave  
 se oye su voz cual grata melodía,  
 así sus cantos al concluir, suave  
 la voz pausada del reloj se oía.

Así los dos en el hogar sentados  
 y al amor de la lumbre bien hallados,  
 estaban en la noche, cuando oyeron

detenerse unos pasos á la puerta,  
 después los golpes de la aldaba, y vieron  
 luego una de las hojas entreabierta.

Al oír Benedicto el paso lento  
 resonar en el duro pavimento,  
 que era Basilio comprendió al instante,  
 quien á esas horas á su hogar llegaba,  
 y ella, al sentir el pecho palpitante,  
 supo quién al herrero acompañaba.

—Buena noche os dé Dios, dijo el labriego,  
 aterido acercándose hasta el fuego;  
 —«Que bien venido mi Basilio sea,—  
 respondió Benedicto;—«amigo mío,  
 «acércate á la ardiente chimenea,  
 «que allí esta tu lugar sin tí vacío;

«Toma tu larga pipa de la mesa  
 «y mándala á encender, que tras la espesa  
 «columna de humo azul que se levanta  
 «de tu pipa ó tu fragua, tu semblante  
 «jovial y alegre contemplar me encanta;  
 porque él siempre risueño y palpitante,

«Con tu dicha y virtud resplandeciente,  
 «me recuerda la luna, que en Oriente  
 «se levanta serena y magestuosa,  
 «y así á través se la ve de aquella niebla  
 «que siempre azul, aérea y vaporosa,  
 «en el invierno nuestros campos puebla.»

Entonces con sonrisa de contento  
 al ocupar el señalado asiento,  
 donde él solo en las noches se sentara,  
 respondióle Basilio: —«Benedicto,  
 «siempre he de hallarte el mismo, bien tu cara  
 «muestra que aún eres á la broma adicto;

«Eres tú más que todos venturoso;  
 «siempre contento estás, siempre dichoso,  
 «tú el solo entre los buenos labradores;  
 «mientras que hay otros que de grandes ma-  
 «nde ruinas, miserias y dolores, (les,  
 «ven doquiera sembradas las señales.

«Tan feliz eres tú, que yo creería  
 «que del suelo levantas cada día  
 «una nueva herradura!» Y un momento

«detúvose á tomar la pipa humeante  
 que Evangelina hacia su mismo asiento  
 le llevara solícita y amante.

Después siguió diciendo tristemente:  
 —«Hace ya cuatro días que allí enfrente  
 «del río Gaspereau se mira anclada  
 «la altiva escuadra Inglesa, sus cañones  
 «terribles dirigiendo hacia la entrada  
 «de aquellas indefensas poblaciones.

«¿Cuál será su designio concebido?  
 «Aun no lo es de nosotros conocido;  
 «mas ya la orden se dió, y en la mañana  
 «todos al templo concurrir debemos,  
 «do cual ley de la tierra, soberana,  
 «el Real Mandato proclamar oiremos.

«Sin embargo, ¡ay de mí! cuántos temores  
 «abrigan hoy los pobres labradores!»  
 —«Tal vez algún propósito amistoso  
 «traiga esa escuadra á nuestra playa amiga —  
 respondió Benedicto — «y receloso  
 «no deba estar el pueblo de esa liga;

«O tal vez en el suelo de Inglaterra,  
 «menos fecunda, y trabajada tierra,  
 «la abundante cosecha se ha perdido,  
 «como suele pasar por muchos años,  
 «y con nuestros graneros han querido  
 «sus hijos mantener y sus rebaños.

«Tal vez, Basilio, éste su intento sea.»  
 —«Por desgracia las gentes de la aldea  
 «no lo han pensado así,—dijo Basilio  
 «con un aire de duda bien marcado;—  
 «¿acaso Beau Séjour, que es nuestro auxilio,  
 «Louisburg ó Port Royal han olvidado?

«Muchos hasta la selva, temerosos  
 «se han alejado ya, y en ella ansiosos  
 «su triste suerte conocer esperan;  
 «sus armas y sus flechas, los guerreros  
 «han presto recogido y no quisieran  
 «ni aún los mazos dejar de los herreros.»

—«Más seguros estamos resguardados,  
 «contestó Benedicto, en los vallados,  
 «entre nuestros rebaños y trigales,

«por los diques soberbios defendidos  
 «que se alzan frente al mar, que en los breñales  
 «nuestros valientes padres, protegidos

«Por gigante y armada fortaleza.....  
 «Pero ninguna sombra de tristeza,  
 «ningun temor, ni sobresalto ó duelo  
 «en esta dulce noche, amigo mío,  
 «debe empañar de nuestra dicha el cielo;  
 «yo siempre espero en Dios y en él confío.

«Esta noche es la noche de las bodas  
 «y arregladas están las cosas todas;  
 «la casa está construida, ya el rebaño  
 «se ha apartado para ellos desde Enero,  
 «y con heno y con trigo para un año  
 «llenos están la casa y el granero;

«El buen René Leblanc, nuestro notario,  
 «debe de ser puntual cual de ordinario  
 «y ya no ha de tardar con sus papeles;  
 «pero debemos nosotros, orgullosos,  
 «siendo al amor de nuestros hijos fieles,  
 «hoy juzgarnos, como ellos, venturosos!»

En tanto Evangelina, que escuchaba  
lo que su padre con Basilio hablaba,  
con su mano en las manos de su amante,  
que ella le abandonara cariñosa  
al oír la noticia, palpitante  
quedóse en la ventana y ruborosa.

Y al pronto se escuchó tras de la puerta,  
que por intento se quedara abierta,  
rumor acompasado, y conduciendo  
el tintero y papel que eran del caso,  
entró, cual de costumbre, sonriendo  
René Leblanc con mesurado paso.

## III

Era René Leblanc alto en extremo,  
por los años doblado, como un remo  
que asaz luchara con la mar bravia,  
y el cabello amarillo, cuando las flojas  
hebras que suaves y sedosas cría  
del maíz la mazorca entre sus hojas.

Era su frente altiva y despejada  
por las arrugas de la edad surcada,  
y escaso de la vista usaba anteojos  
sobre toco carey mal engarzados,  
á través de los cuales sus dos ojos  
miraban con viveza, apasionados.

De veinte niños padre había sido  
y tal del buen Leblanc hubo crecido  
la prole numerosa, que contaba

En tanto Evangelina, que escuchaba  
lo que su padre con Basilio hablaba,  
con su mano en las manos de su amante,  
que ella le abandonara cariñosa  
al oír la noticia, palpitante  
quedóse en la ventana y ruborosa.

Y al pronto se escuchó tras de la puerta,  
que por intento se quedara abierta,  
rumor acompasado, y conduciendo  
el tintero y papel que eran del caso,  
entró, cual de costumbre, sonriendo  
René Leblanc con mesurado paso.

## III

Era René Leblanc alto en extremo,  
por los años doblado, como un remo  
que asaz luchara con la mar bravia,  
y el cabello amarillo, cuando las flojas  
hebras que suaves y sedosas cría  
del maíz la mazorca entre sus hojas.

Era su frente altiva y despejada  
por las arrugas de la edad surcada,  
y escaso de la vista usaba anteojos  
sobre toco carey mal engarzados,  
á través de los cuales sus dos ojos  
miraban con viveza, apasionados.

De veinte niños padre había sido  
y tal del buen Leblanc hubo crecido  
la prole numerosa, que contaba

cien nietos que amoroso divertía  
con el tic tac que acompasado daba  
el reloj que en la oreja les ponía.

Cuatro años en los tiempos de la guerra,  
por ser amigo leal de la Inglaterra,  
en un castillo de la Francia estuvo,  
como un monje en cerrado Monasterio,  
donde el odio enemigo lo mantuvo  
en duro y espantoso cautiverio.

Después manos guerrero y belicoso  
sin dolo y sin astucia, y mas dichoso,  
adquirió la experiencia con los años,  
tuvo por todos paternal cariño,  
olvidó sus pasados desengaños  
y tornóse sencillo como un niño.

A pesar de que fué cual nadie amado  
fué siempre por los niños adorado,  
porque del Lobo astuto les contaba  
las hazañas del bosque, seriamente,  
y del duende nocturno que llegaba  
á bañar los caballos á la fuente.

A veces por las noches les decía  
que la blanca Letichia aparecía,  
porque era alma de un niño, condenada  
á cruzar sin ser vista y silenciosa  
de los niños como ella, la morada,  
en medio de una sombra tenebrosa.

Les contaba también que en Noche Buena,  
al concluir en las tardes la faena,  
hablaba el manso buey en el establo;  
y que la araña que encerrada estuvo  
en cáscara de nuez, de órden del diablo  
curó la fiebre y la salud mantuvo.

Y al fin les refería bondadoso  
el inmenso poder maravilloso  
de los ajos que tienen cuatro dientes,  
de la herradura que encontrada sea,  
y todas las consejas que las gentes  
creyeron siempre en la sencilla aldea.

Al sentarse Leblanc, el pobre herrero  
sacudiendo su pipa en el brasero  
y extendiendo la mano, así le dijo:

“¿Tú, que has oído lo que el vulgo inventa,  
 ¿no podrás, buen Leblac, darnos la fijo  
 “de aquella escuadra y de su objeto cuenta?”

“En verdad he escuchado en ocasiones  
 “las variadas y múltiples versiones,  
 “contestóle el notario, mas por esto  
 “no estoy yo más ó menos informado.  
 “Cuál será su destino manifiesto?  
 “lo sé tan bién como el que lo ha ignorado.

“Sin embargo, no soy de los que inspiran  
 “á las gentes temor, ni los que miran  
 “una mala intención en su llegada.  
 “No hemos estado en paz con la Inglaterra?  
 “¿Pues entonces, por qué su grande armada  
 “ha de venir á declararnos guerra?

—“¡Nombre de Dios!—el impaciente herra-  
 algún tanto irascible y pendenciero, (ro  
 exclamó bruscamente al levantarse.—  
 “¿Por qué ya en todo, y por ejemplo tomo  
 “esta misma cuestión, ha de buscarse  
 “siempre el por qué, la consecuencia, el cómo?

“Diariamente en el mundo puede verse  
 “do quiera una injusticia cometerse,  
 “y es de todos los hombres bien sabido  
 “que para el débil el derecho es nada,  
 “aunque lo haya en las luchas defendido;  
 “porque es del fuerte la razón, la espada.

—“El hombre injusto es, mas Dios es justo,  
 dijo el notario, con semblante adusto;—  
 “pero al fin, el que triunfe es el derecho;  
 “yo recuerdo á propósito una historia  
 “que algo en la cárcel consoló mi pecho  
 “y que conservo fiel en la memoria.”

Era esta historia el cuento que él gustaba  
 repetir en la aldea, cuando hablaba  
 con todos sus vecinos, que decían  
 que ellos do quiera y de diversos modos  
 interminables males resentían,  
 todos profundos, pero injustos todos.

—“En antigua ciudad, de cuyo nombre  
 no he podido acordarme (no os asombre  
 “que este leve detalle no recuerde,

“que después de una vida prolongada  
 “siempre los nombres la memoria pierde)  
 “se hallaba una columna levantada

“En una plaza pública espaciosa,  
 sobre la cual de la Justicia, hermosa  
 estatua en bronce se elevó suprema;  
 “llevaba una balanza en una mano  
 “y una espada en la otra, como emblema  
 “de que es aquella diosa el soberano

“Que sobre el mundo con rigor preside  
 “y siempre al hombre en su balanza mide.  
 “A menudo los pájaros solían  
 “en la balanza fabricar sus nidos,  
 “y entonces los fulgores no temían  
 “de la espada, sobre ellos desprendidos;

“Pero al fin corrompidas por la guerra  
 “fueron todas las leyes de la tierra:  
 “ante la fuerza se abatió el derecho,  
 “fueron todos los débiles honrados  
 “hundidos siempre en calabozo estrecho  
 “y con mano de hierro gobernados;

“Entonces sucedió, que en un palacio  
 “de un hombre noble, á la virtud reacio  
 “bello collar de perlas se perdiera,  
 “y que grave sospecha, aunque infundada,  
 “sobre una pobra huérfana cayera,  
 “que en la casa servía como criada.

“Por este solo y suspicaz indicio,  
 “fué sometida la infeliz á juicio,  
 “y en él fué condenada injustamente  
 “a recibir en la horca, muerte odiosa;  
 “ella al morir se encomenló ferviente  
 “á los piés de la estatua de la Diosa.

“Pero al subir su espíritu hasta el cielo,  
 “sobre aquella ciudad, sobre aquel suelo  
 “cayó una tempestad como venganza;  
 “hirió un rayo á la estatua enfurecida,  
 “y de su mano izquierda, la balanza  
 “se desprendió con rápida caída.

“En la parte interior de los platillos,  
 “y con la paja atada á los anillos,  
 “se vió un nido de urraca, y enlazado

"hábilmente y de artística manera,  
"se halló el collar de perlas extraviado  
"por el cual á morir la niña fuera."

Al terminar la historia, silencioso,  
aunque no convencido y receloso,  
el herrero quedó, como aturdido,  
sin encontrar razón en qué apoyarse,  
como aquel que de pronto confundido  
la palabra no halló para expresarse,

Todos sus pensamientos meditados  
quedaron en su frente retratados,  
como aquellos vapores que revelan  
que llegaron de invierno las mañanas,  
y que en formas fantásticas se hielan  
en el marco exterior de las ventanas.

Evangelina entonces con presteza  
la lámpara encendió, y con cerveza  
que ella misma en la casa preparaba  
y que ya era en Grand-Pré harto famosa,  
porque ahí solo tan fuerte se tomaba,  
llenó todas las jarras afanosa.

En tanto, de sus bolsas el notario  
sacaba, para el acto necesario,  
su papel y tintero, y escribía  
de los novios los nombres, las edades,  
y el dote que la novia recibía  
en vacas, en carneros y heredades.

Muy en breve las cosas terminaron,  
y con la mano trémula, firmaron  
los dos novios el acta, y presuroso  
puso el notario de la ley el sello,  
que semejaba un sol esplendoroso  
irradiando con fúlgido destello.

Entonces Benedicto, de un bolsillo  
trabajado con cuero, asaz sencillo,  
fué sacando la plata, que formaba  
el sueldo ó recompensa que al notario,  
después de sus labores, se le daba  
casi en todas las bodas de ordinario.

En seguida, de pié junto al brasero,  
René Leblanc, en el decir sincero,  
brindó por los dos novios, apurando

su jarra de cerveza alegremente,  
y luego, á sus amigos saludando,  
hácia su hogar volvióse lentamente.

Después, aunque contentos y dichosos,  
mudos junto á la lumbre y silenciosos  
los viejos se quedaron, en espera  
de comenzar el juego preferido,  
cuando la buena Evangelina hubiera  
dádoles el tablero apetecido.

Y en aquella contienda del tablero,  
el viejo Benedicto y el herrero  
largo tiempo pasaron, alabando  
ya una mala ó magnífica jugada  
que las filas del rey iba diezmado,  
ya riendo ante una pieza coronada.

Y en tanto en la ventana reclinados  
Gabriel y Evangelina, enamorados  
hablaban de sus cándidos amores,  
ya mirando la luna que en Oriente,  
coronada de pálidos fulgores,  
se alzaba sobre el mar resplandeciente,

Ya las plateadas nieblas que flotaban  
y en formas caprichosas se agrupaban,  
ya las blancas estrellas, que parecen  
flores de *no-me-olvides*, que en el cielo  
llenas de aromas en las noches crecen  
y los ángeles riegan en su vuelo.

Pero pronto del alto campanario,  
alzado de la aldea en el santuario,  
se oyó sonar la queda, y presurosos  
dejaron los dos viejos el tablero,  
y después de saludos cariñosos,  
alejóse Gabriel con el herrero.

Las últimas palabras, los adioses  
que pronunciaron las vibrantes voces  
de aquellos artesanos, resonaron  
del hogar bajo el techo, y en el alma  
de Evangelina al resonar, dejaron  
contento y paz, resignación y calma.

Entonces, continuando la costumbre,  
fué cubierto el rescoldo de la lumbre  
que débilmente en el hogar ardía,

y oyóse en los peldaños de madera,  
el ruido del anciano que subía  
con mesurados pasos la escalera.

Y pronto la subida iluminando,  
aun más que con la luz que iba llevando,  
con el dulce reflejo que irradiaba  
su cara juvenil y peregrina,  
hasta su cuarto, que entreabierto estaba,  
subió la encantadora Evangelina.

Sencillo era su cuarto, como un nido,  
y sus adornos solo habían sido  
las hermosas cortinas y un armario,  
do las telas guardaba con esmero  
que ella misma tejiera de ordinario,  
ya con lino ó con lana de carnero.

Esa era la dote que llevaba  
al hogar que su esposo preparaba,  
dote más estimada que el ganado  
y ovejas que su amante le ofrecía,  
porque ellos demostraban, que á su lado  
una mujer de casa llevaría.

Pronto su lámpara apagó, que Diana,  
á través de la rústica ventana,  
la alcoba iluminaba esplendorosa,  
en aquel corazón virtuoso y sano  
ejerciendo la influencia poderosa  
que ejerce en las mareas del Oceano.

¡Y cuán hermosa entonces, cuán esbelta  
se la hubiera mirado, con la suelta  
cabellera que en bucles descendía,  
y el pié desnudo de sin par blancura  
que ni á besar la luna se atrevía,  
temerosa de ajar tanta hermosura!!

Después, entre los árboles del huerto  
creyó mirar á su Gabriel, cubierto  
¡or las hojas tupidas del ramaje,  
que inquieto y receloso la esperaba,  
acechando impaciente entre el follaje  
su sombra que la luna proyectaba.

Aunque él era su solo pensamiento,  
un triste y pesaroso sentimiento  
pasaba á veces sobre su alma amante,

cual los grupos de nubes que cubrían  
de aquella luna el resplandor brillante  
y á intervalos su alcoba oscurecían;

Mas al ir á asomarse á su ventana,  
miró pasar la cazadora Diana  
de una nube á través, y luminosa  
seguir sus pasos solitaria estrella,  
cual siguiera Ismael de Agar hermosa,  
tras la tienda de Abraham, la humilde huella.

## IV

Explendoroso en el siguiente día,  
dorando el aire azul de la bahía  
donde los buques de Inglaterra anclados  
luchaban con el viento y la marea,  
el sol se levantó tras los collados  
que circundaban la risueña aldea.

Larga noche la aldea sumergida  
estuvo en el reposo, mas la vida  
de aquellos afanosos labradores  
y el trabajo que alegre se despierta,  
llamaban con sus himnos y clamores  
de la mañana á la dorada puerta.

De las tierras vecinas, de los huertos  
por el rocío matinal cubiertos,  
y de los pueblos á la mar cercanos,

cual los grupos de nubes que cubrían  
de aquella luna el resplandor brillante  
y á intervalos su alcoba oscurecían;

Mas al ir á asomarse á su ventana,  
miró pasar la cazadora Diana  
de una nube á través, y luminosa  
seguir sus pasos solitaria estrella,  
cual siguiera Ismael de Agar hermosa,  
tras la tienda de Abraham, la humilde huella.

## IV

Explendoroso en el siguiente día,  
dorando el aire azul de la bahía  
donde los buques de Inglaterra anclados  
luchaban con el viento y la marea,  
el sol se levantó tras los collados  
que circundaban la risueña aldea.

Larga noche la aldea sumergida  
estuvo en el reposo, mas la vida  
de aquellos afanosos labradores  
y el trabajo que alegre se despierta,  
llamaban con sus himnos y clamores  
de la mañana á la dorada puerta.

De las tierras vecinas, de los huertos  
por el rocío matinal cubiertos,  
y de los pueblos á la mar cercanos,

con sus trajes de fiesta descendían  
los labradores de la Acadia ufanos,  
que á la aldea sus pasos dirigian.

Con sus risas que alegres resonaban,  
la mañana contentos alegraban  
los jóvenes, bajando las veredas,  
do jamás otros pasos se miraron  
que las huellas profundas de las ruedas  
que en el césped los carros enterraron.

Bien pronto de la aldea en aquel día  
se suspendió el trabajo, que invadía  
las calles incontable muchedumbre  
que en las casas, en grupos bulliciosos,  
del sol sentados á la ardiente lumbre  
unos y otros se hablaban animosos.

Era allí cada hogar una posada  
donde la gente á la sazón llegada  
era como en su casa recibida,  
que viviendo entre sí, de esta manera,  
cada casa era entre ellos dividida  
y lo que de uno fué, de todos era.

Con todo, en el hogar de Benelicto,  
que era á las fiestas como nadie adicto,  
más que en otro ninguno se encontraba  
dulce hospitalidad y generosa,  
que de todos los huéspedes cuidaba  
Evangelina siempre bondadosa.

Ella que entonces de placer sonriente,  
de belleza y virtud resplandeciente,  
entre la multitud aparecía  
palabras de cariño prodigando  
que su boca hermosísima vertía  
al ir á sus amigos festejando.

Junto al pórtico rudo, á cielo abierto,  
bajo los bellos árboles del huerto,  
que sus frutos dorados ostentaban  
y embellecían la campiña toda,  
los viejos y los niños celebraban  
las fiestas entusiasmadas de la boda.

Adentro, en sus poltronas reclinados,  
y de respeto por su edad rodeados,  
mirábase al notario junto al cura,

y de ellos cerca, en ademán severo,  
Benedicto, que hablaba con ternura  
al buen Basilio, el laborioso herrero.

Y no lejos, detrás de la colmena,  
y de la prensa do la cidra buena  
en abundancia entonces se exprimía,  
alegre el corazón como el semblante,  
Miguel el violinista aparecía  
con su chaleco de color chillante.

La sombra de las hojas que oscilsban  
mecidas por el viento, jugueteaban  
sobre sus blancos, nítidos cabellos,  
y brillaba su rostro envejecido  
como un carbón que fúlgidos destellos  
vierte entre las cenizas escondido.

Al son de su violín, con dulce acento,  
y el compás con los pies llevando atento,  
de los «Bourgeois de Chartes,» alegremente  
la inspirada canción cantar solía,  
ó de «Dunkerque el Carillón,» que anuente  
innumerables veces repetía.

Sin jamás detenerse, en el camino  
de las praderas y el trigal vecino,  
y debajo los árboles del huerto,  
los viejos y los jóvenes mezclados,  
de la música al dúlcido concierto,  
en círculos danzaban agrupados;

Pero entre todas las muchachas, era  
á la vez la más bella y hechicera,  
Evangelina Bellefontaine, de fijo,  
y entre todos los mozos, el primero  
era Gabriel de Lajeneusse, el hijo  
del buen Basilio, el laborioso herrero....

Así pasó contenta la mañana....  
Pero ¡ay! que de la torre la campana  
resonó con tristísimos clamores  
que á los pobres aldeanos convocaron,  
y los golpes de férreos atambores  
en las verdes praderas se escucharon.

Bien pronto entre la iglesia temerosos  
reuniéronse los hombres presurosos,  
y en tanto, los mujeres esperaban

dentro del cementerio pensativas,  
y las tumbas con hojas adornaban  
y coronas de verdes siemprevivas.

Entonces orgulloso atravesando  
entre aquellos aldeanos, que esperando  
estaban impacientes su llegada,  
altivo, levantando la cabeza,  
entró del templo á la mansión sagrada  
el jefe ó guarda de la escuadra inglesa.

Con sonoro clamor, debajo el cielo  
de aquella humilde iglesia y sobre el suelo,  
resonaron los roncós atambores,  
y después fué cerrado suavemente  
el pesado portal. Los labradores  
en silencio esperaban tristemente

De aquella altiva turba de soldados  
conocer los proyectos concertados.  
Entonces del altar sobre las gradas  
erguido, levantóse el comandante,  
las hojas con las órdenes selladas,  
agitando en sus manos anhelante.

—“Habéis sido reunidos este día  
“de orden del rey,—les dijo;—cual debíá,  
“él siempre bueno y bondadoso ha sido;  
“pero á tanta bondad en sus acciones,  
“¿cómo le habéis al fin correspondido?  
“Díganlo vuestros propios corazones.

“Aunque penoso á mi carácter sea  
“cumplir con mi misión y mi tarea,  
“porque ha de seros por demás gravosa,  
“es preciso decir cuanto ella abarca,  
“y obedecer, aunque parezca odiosa,  
“la voluntad, señores, del monarca.

“A saber: vuestras tierras, los rebaños  
“que en vuestros campos criáis ha largos años,  
“las casas todas que el pueblillo encierra,  
“son tomadas desde hoy por la Corona,  
“y áun vosotros también, de aquesta tierra  
“trasportados seréis á extraña zona.

“¡Quiera el cielo clemente y bondadoso,  
“que, cual pueblo pacífico y dichoso,  
“viváis en el amor de vuestros reyes!

"yo, en tanto, prisioneros os retengo,  
 "que del Gran Rey, la voluntad, cual leyes,  
 "el deber de cumplir celoso tengo.

Así como desciende sobre el llano,  
 en los calientes días del verano,  
 terrible tempestad, de cuyo seno  
 el helado granizo se desprende,  
 y en verde campo de gramíneas lleno  
 tiernas espigas sobre el suelo tiende,

Y rompe las ventanas de las chozas  
 y oculta el sol tras nubes tenebrosas,  
 y siembra en la llanura por do quiera  
 leves pajas y tejas destrozadas  
 que el viento arrebatara en su carrera,  
 de los humildes techos arrancadas,

E incita con su furia á los ganados  
 á romper con sus cuernos los cercados  
 y á errar por las campiñas recelosos,  
 así sobre las almas descendieron  
 de aquellos labradores tómeros  
 las órdenes del Rey que se leyeron.

Un silencio profundo un breve instante  
 en la Iglesia reinó; mas resonante  
 clamor confuso de pesar y duelo  
 dejó escapar la multitud, y alerta,  
 como movida por gigante anhelo,  
 se abalanzó furiosa hacia la puerta.

Mas de la Iglesia huir era imposible:  
 entonces ronco y á la vez terrible,  
 en el templo á las preces consagrado,  
 grito de angustia y de dolor oyóse,  
 y á los gritos del pueblo exasperado,  
 una orgullosa imprecación mezclóse.

Mas de repente, con semblante austero,  
 la varonil figura del herrero  
 alzóse con los brazos extendidos,  
 temblando de emoción y de coraje,  
 cual los palos de un buque sacudidos  
 por tempestuoso y furibundo oleaje.

— "¡Abajo los tiranos de Inglaterra!  
 "¡Jamás los habitantes de esta tierra—  
 "dijo— obediencia á su poder juramos;

"muera todo soldado que encontremos  
 "robando en nuestro hogar, ó que veamos  
 "recoger las cosechas que tenemos."

Mas apenas de hablar hubo concluido,  
 cuando un soldado, por demás fornido,  
 sobre la boca bofetón tan rudo  
 con mano abierta le pegó violento,  
 que ya no firme mantenerse pudo,  
 y rodó sobre el duro pavimento.

En medio de la lucha y el tumulto,  
 do la blasfemia se mezcló al insulto,  
 miróse la hoja del cancel abierta  
 y el reverendo padre Feliciano  
 apareció de pie, junto á la puerta,  
 al cielo alzando su clemente mano.

Entonces acercándose, sereno  
 subió las gradas del altar, y lleno  
 de santa unción, del pueblo el vocerío  
 con su actitud y gestos acallando,  
 habló á la turba; enérgico y sombrío  
 fué el tono de su voz al ir hablando.

— "Hijos míos, les dije, ¿qué habéis hecho?  
 "¿qué furia se ha abrigado en vuestro pecho?  
 "¡Ay! cuarenta años de la vida mía  
 "he entre todos vosotros trabajado,  
 "y de palabra y obra, cual debía,  
 "unos á otros á amarse os he enseñado.

"¿Y aqueste es hoy de mi trabajo el fruto?  
 "¡A! ¿rendís á vuestro Dios tributo?  
 "¡Así honráis mis vigiliás y oraciones!  
 "¿De perdón y de amor dulce, clemente,  
 "olvidásteis tan pronto las lecciones  
 "que os diera con mi ejemplo eternamente?

"Si ésta es de Dios la célica morada,  
 "¿cómo queréis dejarla profanada  
 "con violentas contiendas y abrigando  
 "el odio cruel que el corazón rebosa?  
 "¿No Cristo en esa cruz está mirando  
 "la escena con mirada pesadosa?

"Mirad aquellos ojos, ¿qué clemencial  
 "¿Cuán dulce y sin igual benevolencial  
 "¿Oid aquellos labios repitiendo:

¡Perdónalos, Señor! Por qué no es<sup>o</sup> dado,  
 'contra el mal al hallarse combatiendo,  
 'el perdón demandar para el malvado?"

Pocas de reprensión sus frases fueron;  
 pero de tal manera se impusieron  
 sobre aquel pueblo por demás sufrido,  
 que después, sollozando quier se oía,  
 y el pueblo, del tumulto arrepentido,  
 "¡perdónalos, ¡oh Padre!" —repetía.

Entonces el altar iluminaron  
 y los santos oficios comenzaron;  
 del sacerdote la oración ferviente  
 unióse á la del pueblo, que rezaba  
 no con vanas palabras solamente,  
 que su oración del corazón brotaba.

Luego, el Ave María, arrodillados  
 entonaron, de gozo trasportados,  
 elevando sus almas hasta el cielo  
 de la oración sobre las nubes alas  
 como ascendiera Elías en su vuelo  
 á la región de las etéreas salas.

En tanto, cual bravísima marea,  
 habíase extendido por la aldea  
 de aquel mal tan cercano los rumores,  
 y de una en otra casa, las esposas  
 de aquellos infelices labradores,  
 erraban con sus hijos temerósas.

Largo tiempo de pié junto á la puerta,  
 que habíase dejado Benedicto abierta,  
 estuvo Evangelina, contemplando  
 el bullicio y desorden de la gente,  
 del sol sus dulces ojos resguardando  
 con una de sus manos en la frente.

En esa hora de amor y poesía,  
 el sol hacía el Poniente descendía,  
 iluminando con su luz, á trechos,  
 de aquella aldea las desiertas calles,  
 las ventanas, las cimas de los techos,  
 y las verdes llanuras de los valles.

Largo tiempo en la mesa aderezada,  
 blanco, como la nieve nunca hollada,  
 puesto estuvo el mantel, el pan sabroso,

la miel de abeja, que silvestres flores  
abiertas perfumaban, y oloroso  
el queso que agradaba á los pastores.

En el extremo de ella, á la cabeza,  
el espumoso jarro de cerveza,  
y la silla de brazos, do habitaba,  
al amor de la lumbre del brasero,  
cuando en la casa el labrador estaba,  
sentarse á conversar con el herrero.

En tanto, Evangelina contemplando  
las sombras de los árboles, poblando  
á la hora del crepúsculo los valles,  
de su casa en la puerta reclinada,  
esperaba, acechando por las calles,  
de su amoroso padre la llegada.

Pero más negra á un tiempo y más sombría  
otra sombra en su espíritu caía,  
mezcla confusa de temor y duelo,  
y un perfume dulcísimo de su alma  
se levantaba, demandando al cielo  
amor y paz, resignación y calma.

Mas después, olvidando su tarea,  
atravesó por la desierta aldea  
para impartir consuelo á las mujeres  
que con sus hijos, de correr cansados,  
pensando en sus domésticos quehaceras,  
hufan á través de los vallados.

En tanto, de los montes tras la cumbre  
hundióse el sol, con indecisa lumbre  
aquella triste escena iluminando. . . .  
Después, ni un ruido en la campiña oyóse,  
y tan solo en los aires resonando  
el Angellus tristísimo escuchóse.

Mas luego, por las sombras protegida,  
la pobre Evangelina, conmovida  
dirigióse á la iglesia y presurosa:  
silencio profundísimo reinaba,  
y en vano por las puertas, anhelosa  
quiso mirar ú oír: nada escuchaba.

Entonces embargada por el llanto,  
entre las tumbas que temor y espanto  
ponen al pobre corazón medroso,

«Gabriel,» gritó, «Gabriel,» esposo mío,.....  
nada alteró el silencio tenebroso  
de aquel recinto lóbrego y sombrío.

Al fin volvióse hacia su hogar desierto:  
el fuego del brasero casi muerto  
con débil llama entre el rescoldo ardía,  
y sin probar, sobre la humilde mesa,  
del labrador la cena se veía.  
Los cuartos todos en la sombra espesa

Vacios y desiertos se miraban;  
negros fantasmas de terror flotaban  
al corazón cobarde amedrentando,  
y del cuarto en el duro pavimento  
tristemente se oían resonando  
los ecos de su andar pausado y lento.

Cuando la noche adelantado había,  
oyó que melancólica caía  
con su ruido monótono y sonoro  
la lluvia que á intervalos azotaba  
ya las hojas del verde sicomoro,  
ya la ventana que cerrada estaba.

A veces con sus látigos de fuego  
brillaban los relámpagos y luego  
del ronco trueno que estallando aterra  
se escuchaba la voz, que tempestuosa  
recordaba que aún Dios sobre la tierra  
extendía su mano poderosa

Entonces se le vino á la memoria  
aquella triste y memorable historia  
de la estatua de bronce y la balanza  
que la justicia al inocente hacía,  
que alimentó de un pueblo la esperanza,  
y que el notario referido había.

Aquel recuerdo serenó su frente,  
y más feliz entonces, blandamente  
cerró el sueño sus párpados cansados;  
y durmió hasta que el sol en la mañana  
tras la cumbre se alzó de los collados,  
dorando el cielo con su luz temprana.

de su existencia el desgraciado sino,  
antes que fuesen á quedar cubiertas  
por las quiebras y bosques del camino.

Y cerca de las madres, bulliciosos,  
excitando á los bueyas afanosos,  
los muchachos descalzos caminaban,  
á la vez que orgullosos y contentos  
entre sus manos con afán llevaban  
de sus juguetes débiles fragmentos.

Así junto á las bocas se agolparon  
del río Gaspereau, y amontonaron  
de la mar bonancible en la ribera,  
de una atroz confusión en los horrores,  
como nunca en su vida un pueblo viera,  
los bienes de los pobres labradores.

Todo el día á los buques trasportando  
lo que se iba en la playa amontonando  
sin descanso los botes estuvieron;  
y sin dar una tregua á su tarea,  
los carros cargadísimos se vieron  
todo el día bajando de la aldea.

CUATRO VECES EL SOL RESPLANDECIENTE  
tras de los montes ocultó su frente,  
más al brillar en el siguiente día  
los gallos con sus cantos despertaron  
á las niñas, que al sueño en la alquería  
y al nocturno reposo se entregaron.

Bien pronto por los campos y cañadas  
en procesión tristísima agrupadas,  
del mar hácia la playa descendiendo,  
viéronse de la Acadia las mujeres,  
en poderosos carros conduciendo  
de sus caaas los únicos enseres.

A menudo su marcha detenían,  
y por última vez, tristes veían  
aquellas chozas que dejaba abiertas

Mas cuando el sol tras de la cumbre había  
ocultado su disco y descendía,  
coronado de bellos resplandores,  
tras las tapias del viejo cementerio,  
se escucharon los férreos atambores  
resonando con lúgubre misterio.

Del templo entonces las cerradas puertas  
viéronse á un tiempo con fragor abiertas,  
y salir orgulloso, por delante,  
de los labriegos dóciles seguido,  
el jefe de la escuadra ó comandante  
que á prisión los había reducido.

Cual esos peregrinos que viajando  
lejos de su país, marchan cantando  
y olvidan con sus cantos sus dolores,  
de la iglesia á la playa descendían  
de la Acadia los buenos labradores,  
do sus hijas y esposas se veían.

Mas al ir los muchachos por delante  
con su voz aunque dulce, resonante,  
—¡Oh corazón del Salvador! ¡oh fuente!—

cantaban, distrayendo su agonía,—  
“de humildad y de amor santo y clemente  
“llénanos nuestro pecho en este día.”

Entonces los ancianos que marchaban,  
y sus buenas esposas, que se hallaban  
de pié junto á los lados del camino,  
unieron sus plegarias y oraciones,  
y hasta las aves de canoro trino  
entonaron tiernísimas canciones.

En la pendiente de la mar vecina  
esperaba entretanto Evangelina,  
no por la pena y el dolor domada,  
que de su agudo sufrimiento en la hora,  
aunque á llorar por siempre resignada,  
serena aparecía y seductora.

Mas al ver, de zozobra palpitante,  
pasar entre los otros, el semblante  
pálido de Gabriel, en sus enojos  
sintió una herida de su pecho adentro,  
las lágrimas corrieron de sus ojos  
y voló preausrosa hácia su encuentro;

Y amorosa sus manos estrechando,  
la cabeza en sus hombros reclinando,  
díjole sonriendo y al oído:

—«No lo temas, Gabriel, fiel he de serte;  
«si me amas, cual lo tienes prometido,  
«no podrá separarnos ni la muerte.»

Entonces con el paso apresurado  
vió acercarse á su padre ¡cuán mudado  
estaba su semblante! ¡sus colores,  
marchitos por la pena se veían,  
y de sus negros ojos los fulgores  
apagados del todo aparecían!

Y en su andar vacilante se notaba  
que á aquel humilde anciano le agobiaba,  
más que la edad que nuestra frente abate,  
el corazón, que, de dolor desecho,  
después de tan durísimo combate,  
llevaba palpitando entre su pecho.

Mas ella, al verse de su padre enfrente,  
hacia él avalanzóse sonriente;  
tras de su cuello entrelazó su brazo,

y conmovida, contemplando el cielo,  
le dijo, reclinada en su regazo,  
palabras de esperanza y de consuelo.

Entretanto, en la playa continuaba  
el tumulto y desorden, que causaba  
de la gente el embarque, y afanosos,  
de familias y muebles recargados,  
iban y regresaban presurosos  
los botes al transporte consagrados.

Y era tal el desorden, que angustiosas  
de sus pobres maridos, las esposas  
viéronse separadas, y las madres  
ya muy tarde á sus hijos contemplaron,  
que solos, en la playa, sin sus padres,  
con manos suplicantes las llamaron.

Por esta causa separados fueron  
y á distintos navíos condujeron  
al herrero y Gabriel, mientras llorosa  
Evangelina, de su padre asida,  
contemplaba en la playa, silenciosa,  
aquella triste y lúgubre partida.

Iba apenas á medias la tarea,  
cuando el sol tras las cumbres de la aldea  
hundió su disco, oscuridad dejando  
del valle en los contornos. Lentamente  
su límite en la arena abandonando  
vióse el mar, enfrenando su corriente

Hasta dejar al aire descubierto,  
sobre la playa del cerrado puerto,  
algas y caracoles que esparcían,  
como en el campo las sencillas flores  
que hasta los cielos su perfume envían,  
sus acres y benéficos olores.

Y los botes que apenas encallados,  
cual si estuvieran de viajar cansados  
á través de la mar, del mar al río,  
al sentir que las olas se alejaban  
con su ronco y salvaje murmurio,  
perezosos al suelo se inclinaban.

Y en tanto, entre sus rústicos enseres,  
unidos á sus hijos y mujeres,  
y cual se usa en guerreros campamentos,

guardados por el mar, y sus señores,  
al expionaje y vigilancia atentos,  
acampaban los pobres labradores.

Entonces por los bosques y vallados  
viéronse regresando los ganados,  
cuando la noche al valle descendía,  
y en las ráfagas de aire que llegaban,  
el olor de la leche se sentía  
que las hinchadas ubres encerraban.

Largo tiempo, rodeando los corrales  
estuvieron los pobres animales;  
largo tiempo esperaron, mas en vano,  
que ni la voz de la lechera oyeron,  
ni la presión de su robusta mano  
para ordeñarlas dóciles sintieron.

Todo en silencio lánguido yacía:  
ni un leve paso resonar se oía,  
la campana tristísima callaba,  
no se elevaba el humo tras los techos,  
ni las altas ventanas alumbraba  
la alegre lumbre del hogar á trecho.

En tanto de la mar en las riberas  
formaban las familias sus hogueras,  
con palos á las costas arrojados  
por la mar al rugir embrevecida,  
para buscar, á su alrededor sentados,  
dulce el calor que á reposar convida,

Entonces á la lumbre se acogieron,  
y en torno de ella aparecer se vieron  
rostros llenos de espanto y de tristeza:  
las mujeres tristísimas hablaban,  
los hombres inclinaban la cabeza,  
y los muchachos sin cesar gritaban.

Y de una hoguera en otra, su tarea  
cumpliendo con valor, cual si en la aldea  
del uno al otro hogar fuera afanoso,  
marchaba el sacerdote, prodigando  
palabras de ternura, bondadoso,  
á todos sus amigos consolando.

Después se aproximó junto á la hoguera  
do Benedicto pálido estuviera,  
y al fulgor indeciso de la lumbre

que débilmente y vacilante ardía,  
vió su rostro; la horrible pesadumbre  
más demacrado aparecer le hacía.

La pobre Evángelina, inútilmente  
acariciaba su abatida frente;  
en vano el alimento preparaba,  
que con la vista entre las llamas fija,  
tal vez inmóvil, sin hablar, pensaba  
en el destino próximo de su hija.

El sacerdote entonces levantando  
sus manos á los cielos, implorando  
dulce resignación para su amigo,  
dijo, con triste y conmovido acento:  
—“¡En el nombre de Dios yo te bendigo;  
eleva hasta ese Dios tu pensamiento!”

Pocas y breves sus palabras fueron,  
mas de sus labios al brotar, salieron,  
calladas, temblorosas, vacilando,  
como los pasos débiles de un niño  
el umbral de la casa atravesando,  
guiado con dulce y maternal cariño.

Después, de Evangelina en la cabeza  
colocando sus manos, con tristeza  
levantó hacia los cielos sus miradas,  
do, ajenas al dolor, indiferentes  
al mal ó á la virtud, de luz bañadas,  
brillaban las estrellas esplendentes.

De repente, hacia el Sur, como la llama  
color de sangre, que, al surgir, derrama  
la luna engrandecida, tras los montes  
en las noches de otoño, viva lumbre  
bañó los apartados horizontes,  
se extendió tras la agreste muchedumbre

De rocas y de bosques, y elevando  
como un titán las manos, abrazando  
de las montañas la elevada frente,  
amontonó la sombra en las praderas,  
y tras ella, cual fúlgido torrente,  
deslizóse del mar á las riberas;

Con su fulgor iluminó los cielos,  
tendió de rojo los flotantes velos  
de las nubes que el aire atravesaban,

bañó de fuego la dormida tierra,  
y extendió su fulgor á do se hallaban  
anclados los navíos de Inglaterra.

Columnas de humo tras los pobres techos  
por el incendio rotos y deshechos,  
se elevaban en negros remolinos,  
y las llamas, barriendo los corrales,  
á los graneros y al trigal vecinos  
alzábanse en rojizas espirales.

El viento en su carrera arrebatava,  
y en remolino rápido agitaba  
astillas de los techos desprendidas  
que en el aire flotaban, y soplando  
sobre aquellas hogueras encendidas,  
que estaban las campiñas devorando,

Alzaba los carbones, leves brasas  
cual las chispas del hierro, que las mazas  
destrozan bajo el yunque, y temblorosas  
las rojas lenguas del ardiente fuego  
y de humo las columnas tenebrosas,  
ora apartaba y enroscaba luego.

La multitud en tanto, en la cubierta  
de los buques ingleses, ó en la abierta  
ribera de la mar, absorta, muda,  
contemplaba al principio aquella horrible  
tremenda escena, que venganza ruda  
solo pudo inspirar; mas un terrible

clamor confuso se elevó en seguida  
de aquella multitud enardecida:  
—“Aunque á nosotros concedido sea  
“volver—dijeron—á los patrios lares,  
“ya jamás levantándose en la aldea  
“volveremos á ver nuestros hogares.”

Orgullosos después en sus serrallos  
cantar se oyeron los dormidos gallos,  
que la luz del incendio confundiendo  
con el albor con que despierta el día,  
se enseñorearon del corral, creyendo  
que en los cielos del valle amanecía.

Y los dulces tristísimos balidos  
de los pobres rebaños aturdidos,  
á través de las cumbres de los cerros,

claros y resonantes se escuchaban,  
unidos al aullido de los perros  
que asustadizos por do quier ladraban.

Tal como en las florestas y praderas  
que se hallan del Nebraska en las riveras,  
en medio del dormido campamento,  
pavor y miedo por do quier causando,  
los caballos salvajes, como el viento,  
pasan despavoridos, relinchando;

Y rebaños de búfalos al río  
se precipitan al correr con brío,  
así despedazando los vallados,  
corriendo hácia los bosques, se veían  
los caballos, ovejas y ganados  
que del incendio rápidos hufan.

En tanto, en las riveras, afanosa  
la pobre Evangelina, silenciosa  
aquella horrible escena contemplaba,  
apoyada en el padre Feliciano;  
mas los dos, al volverse do se hallaba  
meditabundó el venerable anciano,

sobre la playa inmóvil extendido,  
el rostro entre la arena sumergido,  
rígido y sin aliento lo encontraron;  
que, devorado por pesar profundo,  
cuando al pobre las fuerzas le faltaron,  
desplomóse en la playa moribundo.

El sacerdote entonces, blandamente  
de entre la arena levantó su frente  
sobre los hombros débiles caída,  
y Evangelina, trémula, llorosa,  
por el dolor y su pesar vencida,  
se arrodilló á su lado cariñosa.

Mas entonces, ahogada por la pena  
que la garganta anuda y encadena,  
ella á vez, en el espacio estrecho  
que á los pobres de tienda les servía,  
hundida la cabeza sobre el pecho,  
cayó á sus piés con lánguida agonía.

Toda la noche, recostada, inerte,  
luchando en el silencio con la muerte,  
sobre la playa Evangelina estuvo;

mas al volver del sueño prolongado  
en que el violento ataque la mantuvo,  
pudo ver, de rodillas á su lado,

semblantes conocidos, que deseaban  
impartirle consuelo, y la miraban  
con apacible y lánguida tristeza,  
sobrecogidos de terror y espanto,  
inclinada sobre ella la cabeza  
y los ojos nublados por el llanto.

Todavía mirábase á lo lejos,  
del incendio voraz á los reflejos,  
iluminada la desierta aldea,  
que entre la llama y la ceniza ardía,  
y del color de la encendida tea,  
desde la playa el cielo se veía.

Entonces una voz que muchas veces  
hacia los cielos elevó sus preces  
por ella y por sus padres, y que le era  
familiar en extremo, oyó pausada  
á la gente que estaba en la ribera  
decir, por la congoja emocionada:

—«Junto al mar enterrémosle, señores;  
 «cuando tiempos felices y mejores  
 «de la tierra ignorada á donde iremos  
 «nos vuelvan otra vez á nuestros lares,  
 «sus restos venerables guardaremos  
 «de nuestro templo al pié de los altares.»

Y después, sin responsos ni plegarias,  
 teniendo por antorchas funerarias  
 las llamas del incendio, levantaron  
 de aquel labriego tan sencillo y bueno  
 el cuerpo inanimado, y lo arrojaron  
 de aquella playa en el abierto seno.

Y el padre Feliciano, entristecido  
 al ver entre la tierra sumergido  
 á aquel honrado y venerable anciano,  
 á sus rezos piadosos entregóse,  
 y la voz resonante del oceano  
 á sus plegarias férvidas mezclóse.

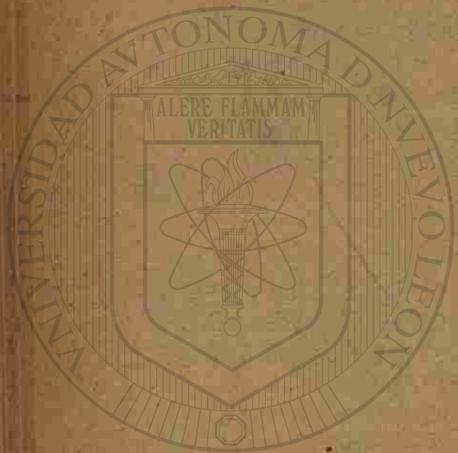
Cuando en los cielos, al siguiente día  
 resplandeciente el sol aparecía,  
 volvió á crecer el mar, y á las riberas

que los vientos marinos refrescaban,  
 hinchadas, turbulentas, altaneras,  
 las olas espumosas se acercaban.

Entonces el embarque prosiguióse;  
 la muchedumbre dócil, agolpóse  
 junto á los botes, al peligro alerta;  
 pero el término al dar á su jornada,  
 de cada buque inglés en la cubierta  
 vióse la multitud amontonada.

Entonces el velamen desplegando,  
 la escuadra inglesa se alejó, dejando  
 al partir á favor de la marea,  
 aquella playa en tumba convertida,  
 y aquella alegre y pintoresca aldea,  
 á humeantes escombros reducida.

FIN DE LA PRIMERA PARTE. ®



## SEGUNDA PARTE.

### I

Luengos y tristes años trascurrieron  
desde la noche en que incendiadas fueron  
las chozas todas de la humilde aldea,  
desde aquella mañana en que zarparon,  
á favor de la brisa y la marea  
los cargados bajeles, que llevaron

Con sus penates y sus dioses lares  
á merced de los vientos y los maras,  
á todo un pueblo humilde, infortunado,  
á un destino sin fin, á que no ha sido,  
ni por cruel, ni por bárbaro acusado,  
otro pueblo en el mundo sometido.

Sobre playas distintas y apartadas  
viéronse las familias dispersadas,  
como se vé, si el viento se alborota,  
caer los copos de la nieve blancos,  
á través de la niebla que encapota  
de Terranova los soberbios bancos.

Sin hogar, sin amigos, errabundos  
de ciudad en ciudad, de los profundos  
lagos que al frío Septentrión se extienden  
á las del Sur sabanas ardorosas,  
de las playas heladas que se tienden  
del mar ante las ondas tempestuosas

A las tierras do el Padre turbulento  
de las inquietas aguas, de su asiento  
arranca las montañas con la mano,  
para ocultar en la profunda arena  
los huesos del mamouth, y en el oceano  
hundir su mole, que los antros llena.

Solos y tristes sin cesar andaban;  
Hogar y amigos por doquier buscaban;  
pero aquellos que ya desesperados,

roto y deshecho el corazón sentían,  
de su hogar y de amigos olvidados,  
sólo una tumba al porvenir pedían.

¡¡Del pueblo aquel la historia pesarosa  
quedó grabado en la sencilla losa  
que corona las tumbas, preservando  
de aquel naufragio sus humildes nombres,  
y á otras razas y pueblos enseñando  
la maldad é injusticia de los hombres!!!

Largo tiempo en la turba confundida,  
por la desgracia y el dolor herida,  
vióse linda doncella, que esperaba  
sufriendo, siempre dulce y anhelante,  
y que sin tregua y descansar marchaba  
en busca de la imagen de su amante.

¡Cuán hermosa era entonces la doncella!  
Mas ¡ay! para su mal, delante de ella  
inmenso y silencioso se extendía  
de su existencia el árido desierto.  
Tal como en el desierto que existía  
del Occidente en la región, cubierto

De zarzas y malezas, del salvaje,  
 en los campos desnudos de follaje,  
 como huellas tan solo se miraban  
 hogueras en cenizas convertidas,  
 y osamentas humanas, que blanqueaban  
 del astro rey por el fulgor heridas,

Así de su existencia pasajera,  
 solo se vió, tras su fugaz carrera,  
 las tumbas de los viejos desterrados  
 que antes que ella lloraron y murieron,  
 sus volcanes de amor mal apagados,  
 sus esperanzas que marchitas fueron.

Como si una mañana esplendorosa,  
 al levantarse aérea y ruborosa,  
 de oro tiñendo el azulado ambiente  
 y derramando músicas de amores  
 se detuviese al punto, y al Oriente  
 regresase á apagar sus resplandores,

Así sobre su vida parecía  
 que de su alegre juventud había  
 el sol su vago curso detenido,

su dulce risa en lágrimas trocando,  
 y el porvenir á su alma prometido  
 en noche eterna de dolor cambiando.

A menudo su marcha presurosa  
 detenía en los pueblos; pero ansiosa  
 por su fiebre de amores espoliada,  
 cansada de esperar y ambicionando  
 ver la sed de su espíritu saciada  
 proseguía, sus buscas redoblando.

Otras veces amaba en el misterio  
 de algún triste y humilde cementerio,  
 cabe anónima tumba, adormecida,  
 ya contemplar las cruces de madera,  
 ya pensar que en su seno, en la otra vida  
 el sueño eterno su Gabriel durmiera.

A veces un rumor, un cuchicheo,  
 leve susurro que fingió el deseo,  
 le decían callados al oído  
 que aún Gabriel para su amor vivía  
 y que siguiendo tras su huella, un nido  
 para los dos tal vez encontraría.

Otras veces hablaba con los mozos que de su amor y su amistad celosos adorada otro tiempo la miraron y á su Gabriel amante conocieron.... mas aquellos lugares se olvidaron..... las horas del placer por siempre huyeron!

—«Gabriel de Lejeunesse» unos decían.  
«Oh sí sí, lo hemos visto! —repetían;  
«él está con Basilio; pero han ido  
«los dos á las praderas; cazadores  
«y guarda-bosques son, y áun han podido  
«fama tener de expertos lazadores.»

—«Gabriel de Lejeunesse otros hablaban,  
«¡Oh sí sí, lo hemos visto! —le agregaban;  
«viajero es él que sin cesar recorre  
«de la Luisiana fértil el bajo  
«por cuyas tierras caudaloso corre  
«un ancho, bello y pintoresco río.

—«Pero entonces ¿por qué, niña querida,  
«por él sufriendo pasarás tu vida?—  
«todos la preguntaban;—¿ques hallado

«jóvenes que, como él, hermosos fueran?  
«Corazones amantes no has mirado  
«que su ternura y su lealtad tuvieran?

«Ve á Bautista, ¡cuán largos años,  
«sufriendo sus pasados desengaños,  
«te ha amado con pasión! Si, divididos,  
«tú no has de ser feliz, ni él venturoso,  
«dale tu mano, que por siempre unidos,  
«dichosa has de ser tú, como el dichoso.

«Teniendo tu hermosura peregrina,  
«tú no puedes quedarte, Evangelina,  
«para ir á vestir santos, ¡imposible!»  
Mas ella, que de pronto se inmutaba,  
aunque triste, serena, —«No es posible,  
«eso no puede ser,» —les contestaba.

Donde va el corazón, sigue la mano,  
que cuando el pobre corazón humano  
como un fanal alumbra de la vida  
el áspero sendero, muchas cosas  
que antes cubriera sombra maldecida,  
tórnanse siempre claras, luminosas.

EVANGELINA.—7

El sacerdote entonces, que su amigo  
su confesor, su padre y el testigo  
de su desdicha y sufrimientos fuera,  
con su dulce sonrisa le decía:

—«Solo, solo tu Dios de esta manera  
puede hablar por tus labios, hija mía;

«De acallar tu pasión no hable tu lengua,  
que esa dulce afección nunca se amengua;  
«si no enriquece al corazón ajeno,  
sus aguas, cual la lluvia, dulcemente  
refrescarán su primitivo seno;  
«lo que la fuente da, vuelve a la fuente.

«Cumple tu obra de amor y de confianza,  
«termina tu labor, ten esperanza;  
«que aunque el silencio con la angustia abate  
tu pobre corazón, Evangelina,  
«la paciencia que sufre y que combate,  
«tiene algo de celeste y de divina.

«Cumple tu obra de amor, hasta que veas  
«divinizarse el corazón, y seas  
«ya de toda maldad purificada,

«mujer perfecta, de virtud modelo,  
«y puedas, para Dios reconquistada,  
«más digna ser de merecer el cielo.»

Alentada por él de esta manera,  
ella esperaba, aun cuando en vano fuera.  
En su alma noble, del océano á veces  
el canto triste y funeral se oía,  
pero una voz mezclada á aquellas preces  
«No desesperes nunca,» le decía.

Así aquella alma cuanto noble pura,  
erraba sin consuelo, á la ventura,  
de su existencia triste atravesando  
la senda llena por do quier de abrojos,  
roto y deshecho el corazón llevando,  
y empapados en lágrimas los ojos.

Déjame, ¡oh musa! la errabunda huella  
por do quiera seguir de la doncella;  
mas no tras cada paso, de su vida  
sin separarme nunca del sendero,  
sino como al través de la florida  
y espesa selva, dado es al viajero

Seguir de un arroyuelo bullicioso  
 el curso vario, á veces anheloso,  
 muy cerca de su margen, su corriente,  
 por instantes, plateada contemplando,  
 y á veces alejado indiferente,  
 sus pasos hacia el bosque encaminando.

Sin ver sus aguas deslizarse al río,  
 pero oyendo su eterno murmurio.  
 ¡Feliz si puede hallar en su jornada  
 el lugar do sus aguas desembocan!  
 ¡Feliz si de esta pobre desterrada  
 encuentro al fin do sus desdichas tocan!

## II

Erase el mes de Mayo. Asaz ligera,  
 pasada del Ohio la ribera  
 y las bocas del Wábasb, resbalaba  
 del ancho Misisatpi en la corriente,  
 ruda y fuerte canoa, que guiaba  
 con mano experta la Acadiese genta.

Eran una reunión de desterrados  
 que, cual si fueran restos dispersados  
 de una nación en el naufragio un día,  
 ya por sus creencias y el dolor unidos,  
 erraba por las costas, á porfía  
 por extranjeros vientos impelidos.

Hombres, mujeres, niños que buscaban  
 guiados por la esperanza que abrigaban,  
 á través de las fértiles praderas,

Seguir de un arroyuelo bullicioso  
 el curso vario, á veces anheloso,  
 muy cerca de su margen, su corriente,  
 por instantes, plateada contemplando,  
 y á veces alejado indiferente,  
 sus pasos hacia el bosque encaminando.

Sin ver sus aguas deslizarse al río,  
 pero oyendo su eterno murmurio.  
 ¡Feliz si puede hallar en su jornada  
 el lugar do sus aguas desembocan!  
 ¡Feliz si de esta pobre desterrada  
 encuentro al fin do sus desdichas tocan!

## II

Erase el mes de Mayo. Asaz ligera,  
 pasada del Ohio la ribera  
 y las bocas del Wábasb, resbalaba  
 del ancho Misisatpi en la corriente,  
 ruda y fuerte canoa, que guiaba  
 con mano experta la Acadiese genta.

Eran una reunión de desterrados  
 que, cual si fueran restos dispersados  
 de una nación en el naufragio un día,  
 ya por sus creencias y el dolor unidos,  
 erraba por las costas, á porfía  
 por extranjeros vientos impelidos.

Hombres, mujeres, niños que buscaban  
 guiados por la esperanza que abrigaban,  
 á través de las fértiles praderas,

que el Opelousas esmaltó de flores,  
O de la Acadia tierra en las riberas,  
sus parientes y amigos labradores.

Iba de aquella turba acompañada  
la pobre Evangelina, enamorada  
cual siempre de Gabriel; pero con ella  
mirábase al buen padre Feliciano,  
que para aquella cándida doncella,  
más que su padre ó juez, era su hermano

Uno tras otro, fatigoso día  
la fuerte barca sin cesar corría,  
arrastrada á merced de la corriente,  
á través de las sombras vacilantes  
que en el lecho del río dulcemente  
proyectaban los árboles gigantes.

Y una noche tras otra en las riberas,  
cabe ardientes y fúlgidas hogueras,  
tristes y silenciosos acampaban.  
A veces, á través de los torrentes  
que altísimos rugiendo se arrojaban,  
aumentando el caudal de las corrientes,

O entre islotes, do enhiestos cual plumeros  
mirábanse al pasar, algodoueros  
que sus blancos capullos sacudían,  
los pobres é infelices desterrados  
su marcha fatigosa proseguían,  
á sus remeros solo confiados;

Otras veces, intrépidos pasaban  
por las anchas lagunas, do miraban  
plateados bancos de menuda arena  
quietos entre las aguas, y rozando  
la superficie de hojarasca llena,  
bandadas de pelicanos cruzando.

En el bello y magnífico paisaje  
de la margen del río, entre el follaje  
de árboles tropicales, rodeadas  
de espléndidos jardines se veían,  
el alto palomar y las moradas  
do el negro fiel y su señor vivían.

Iban ya aproximándose al bajo  
do eterno reina abrasador estío,  
do atravesando por la Costa de Oro,

entre bosques de cidra y naranjales,  
aleja el río su raudal sonoro  
para bañar las playas orientales.

Entonces de su margen separados  
pronto viéronse solos y extraviados  
sobre aguas perezosas y dormidas,  
que como malla de brillante acero,  
en todas direcciones extendidas,  
la corriente ocultaban al remero.

Sobre de sus cabezas se elevaban  
y aéreos arcos al azar formaban,  
las ramas de ciprés, que suspendían  
de heno verde torcidas espirales,  
como aquellas banderas que pendían  
de los muros de antiguas catedrales.

Silencio al de la muerte parecido,  
reinaba por do quier, interrumpido  
tan solo por las garzas, que volando  
al cedral regresaban á ocultarse,  
y por hórrido buho, que graznando  
saludaba la luna al levantarse.

La luna melancólica se alzaba  
y su luz en las aguas reflejaba,  
pasando entre el océano de verdura  
de cedros y cipreses cimbradores,  
cual pasan á través de la bendidura  
de abandonadas ruinas, sus fulgores.

Sofoliento y distinto aparecía  
todo cuanto á sus ojos se extendía;  
y á un sentimiento vago de tristeza,  
que en esa soledad les inspiraba  
tan variata y feraz naturaleza,  
atrez presentimiento se mezclaba.

Tal como las pisadas escuchando,  
de un corcel sobre el césped galopando,  
áun creciendo á lo lejos, la mimosa  
plega sus hojas y su cáliz cierra,  
así al mirar el alma pesarosa  
todo lo malo que su suerte encierra,

Quando los golpes del destino aguarda,  
como la flor se encoge y se acobarda.  
Mas el alma de aquella Evangelina,

pensó en sus sueños cándidos de amores,  
que una visión fantástica y divina  
le hablaba de la luna en los fulgores.

Por aquellos islotes tenebrosos  
y por aquellos campos ardorosos,  
antes que ella, Gabriel vagado había,  
y aún cuando fuese de ellos ignorado,  
cada golpe de remo, la penía  
más inmediata y próxima á su amado.

Entonces, balanceando la canoa,  
levantóse un remero por la proa,  
y como una señal, si por acaso  
otro con rumbo opuesto navegara,  
dió con su largo cuerno un trompetazó  
que el peligro en las sombras le anunciara.

De la bocina aquella los clamores  
entre aquellos silvestres corredores  
y oscuras columnatas se esparcieron,  
cada vez más callados resonando,  
y lengua y voces á la selva dieron,  
de la noche el silencio perturbando.

Sobre ellos se agitaron silenciosas  
dei heno las banderas olorosas;  
y los ecos distantes, repetidos  
del uno al otro bosque, por momentos  
escuchándose fueron adormidos  
resonar como flebiles lamentos.

Mas ni una voz á su clamor unióse,  
ni una respuesta entre la sombra oyóse;  
y después que los ecos acallados  
perdiéronse en el bosque tenebroso,  
al redor de los pobres desterrados  
todo quedó más triste y silencioso.

La muchacha y el Padre se durmieron,  
mas los pobres remeros prosiguieron  
en la sombra bogando, en ocasiones  
silenciosos y tristes caminando,  
ó canadenses dúcidas canciones,  
como en sus patrios ríos entonando.

En la noche, entretanto, resonaban  
los ruidos del desierto, y se escuchaban,  
con aquellos rumores confundidos,

quejas del viento, que llorar solía,  
del lagarto los hórridos rugidos,  
de las grullas la ronca gritería.

Pero la sombra y el silencio huyeron,  
y en las mañanas, trasportados, vieron  
cubierto el cielo de matices vagos,  
del sol á los brillantes resplandores,  
de Afchalaya los dormidos lagos  
que un genio oculto coronó de flores.

Tras la corriente que en el agua hacían  
los largos remos que al bogar se hundían  
mil acuáticos lirios resbalaban,  
y los lotus, radiantes de belleza,  
sus doradas coronas levantaban,  
rozando á los remeros la cabeza.

Quando del sol la lumbre abrasadora  
al acercarse de la siesta la hora,  
brillaba ardiente en el zenit, el viento  
al pasar, por los bosques refrescado,  
llegaba dulce y apacible y lento,  
por las blancas magnolias perfumado.

Entonces, ofreciendo á su fatiga  
sueño reparador, la playa amiga  
de innúmeros islotes contemplaron,  
donde en silvestre profusión las rosas  
que en vallados y setos se enredaron  
crecieron siempre bellas y olorosas.

De las ramas de un sauce que en el frente  
de la márgen crecía fuertemente  
amarraron su bote y esparcidos  
sobre del verde césped, do extendieron  
sus miembros de fatiga entumecidos,  
los cansados viajeros se durmieron.

Sobre ellos sus follajes extendía  
la ancha copa de un cedro y á porfía  
las uvas y lignonias, enlazando  
sus flotantes ramajes, se colgaban  
como una escala de Jacob formando,  
do en lugar de los ángeles trepaban.

Graciosos chupa-mirtos de colores  
que las mieles libaban de las flores  
en su incesante y caprichoso giro.

Tal era la visión que Evangelina  
al dormirse en tan poético retiro  
miró á su vista aparecer divins.

Llena estaba de amor su jóven alma  
y de su sueño en la profunda calma  
del cielo abierto el resplander dudoso  
iluminó su espíritu dormido,  
llevándole un reflejo luminoso  
de apartadas regiones desprendido.....

Más cerca cada vez, y entre los varios  
selváticos islotes solitarios,  
sobre las aguas sin cesar corría,  
cuando en prora rápida impulsaban  
cabe los bancos que doquier había,  
bote que al frío Septentrion guiaban;

Do crecen los bisontes y castores,  
los brazos de robustos cazadores.  
Junto á la popa y al timón sentado,  
con semblante afligido y pesaroso  
de quien va por sus penas preocupado  
se hallaba un jóven de apariencia hermoso;

Caían en desórden negligente  
sus negros rizos sobre la ancha frente  
al inclinar su lánguida cabeza,  
y en su rostro pintado se veía  
profundo sentimiento de tristeza  
que á sus tempranos años excedía.

Era el joven, Gabriel, que desdichado  
y de esperar y de sufrir cansado  
en los salvajes campos de Occidente,  
por el dolor y el desengaño herido,  
queriendo ser á todo indiferente,  
buscaba de sus penas el olvido.

Como su bote sin cesar marchaba  
de la isla á sotavento, do se hallaba  
gigantésca muralla de palmeros  
ver no pudieron del opuesto lado  
ni Gabriel ni sus cautos compañeros  
el bote entre los sauces amarrado.

Y los otros cansados y dormidos  
de aquellos remos entre el agua hundidos  
no escucharon los ecos, ni del cielo

hubo un ángel de Dios que descendiera  
y á aquella niña de virtud modelo  
de su letargo despertar hiciera.

Pero después que del palmar distantes  
los eocs de los remos resonantes  
casi extinguidos por azar se oyeron,  
cual por resorte mágico tocados  
despiertos todos á la par se vieron  
aquellos infelices desterrados.

La niña, entonces, suspirando dijo:  
"¡Ay! Padre mío, mi Gabriel, de fijo  
debe cerca de mí vagar errante  
por este triste y lúgubre desierto;  
algo le dice al corazón amante  
que este delirio de mi mente es cierto."

"¿Será superstición? ¿será locura?  
¿será sueño tal vez? ó ¿por ventura  
compadecido Dios de mis dolores  
habrá algún ángel desde el cielo enviado  
á hablarme de Gabriel y sus amores  
y él á mi alma lo hubiese revelado?"

De su creencia después arrepentida,  
prosiguió, ruborosa y conmovida:  
—"¡Qué crédula soy yo!.. Para un oído  
experto como el tuyo, nada valen  
las palabras vacías de sentido  
que de mis labios temblorosos salen."

—"No es cierto, niña, lo que estás diciendo,  
respondióle el anciano sonriendo;—  
no puede ser inútil tu palabra,  
ni de sentido parecer vacía,  
cuando ella sola tu contento labra.  
Son profundas tus penas, hija mía,

Mas las palabras que sobre ellas flotan,  
son cual las boyas que la mar azotan  
y de las anclas el lugar revelan;  
cree, pues, en tus propias emociones  
y en esos sueños que tu afán consuelan,  
que en el mundo se llaman ilusiones."

"El se halla junto á ti sin duda alguna.  
No lejos, hacia el Sur, tras la laguna  
do los bancos de Teche se levantan,

y de San Mauro y San Martín se miran  
las dos ciudades que la vista encantan  
y que contento al corazón inspiran,

El novio, fiel á su pasión constante,  
será devuelto á la errabunda amante,  
y el ausente pastor de largos años  
será devuelto á su redil primero,  
y otra vez en los campos, sus rebaños  
podrá cuidar con diligente esmero.

"En sus bosques y selvas solo encierra  
árboles tropicales esa tierra;  
jardín de flores nos parece el suelo,  
por arroyos de plata embellecido,  
y el más azul y esplendoroso cielo  
se ve sobre esas selvas suspendido.

"Los buenos y felices labradores,  
que son de aquella tierra moradores,  
en su lenguaje pintoresco y vivo,  
que con lo bello del lugar se hermana,  
le llaman siempre á su país nativo,  
"El Edén encantado de Luisiana."

Cuando el cura calló, se levantaron  
y el fatigoso viaje continuaron.  
Triste llegó la tarde: en Occidente  
el sol engrandecido descendía,  
y un rayo de oro de su luz ardiente  
por los campos, alegre, se extendía.

De blanca niebla los flotantes velos  
á lo alto se elevaron, y los cielos,  
las aguas y los bosques, confundidos  
del sol ante los últimos fulgores,  
cual si estuvieran por su luz unidos,  
brillaron con dudosos resplandores.

Colgada entre dos cielos, una nube  
blanca como las alas de un querube,  
flotaba sobre el bote, que ligero,  
por sus remos sonantes impulsado,  
cruzaba sobre el líquido sendero,  
en sus ondas de plata retratado.

Lleno de una emoción dulce y divina  
estaba el corazón de Evangelina,

y cual mágico hechizo, se miraban  
 las fuentes de su casto sentimiento,  
 que con la llama del amor brillaban  
 cual brillaba sobre ella el firmamento.

De un bosque, entonces, poético y cercano,  
 el cantor de las selvas soberano  
 su vuelo levantó, para posarse  
 en las ramas de un sauce, que sombrío  
 se miraba tranquilo reflejarse  
 sobre las aguas del sereno río.

Después, desde la rama cimbradora  
 tal torrente de música sonora  
 lanzó á los aires su argentino acento,  
 que quietos y callados se quedaron  
 el bosque, el agua y el alado viento,  
 cuando sus dulces cantos escucharon;

Fueron primero dulces y quejidos,  
 mas después que sus cantos rumorosos  
 del bosque en lo profundo se perdieron,  
 se tornaron en himnos resonantes

que, por los aires al cruzar, se oyeren  
 cual himnos de frenéticas bacantes.

Luégo, se oyeron sus sonoros trinos  
 como triste lamento, en los vecinos  
 bosques de al rededor, y desatando  
 su lengua al fin, en argentinas notas,  
 de entre las ramas se alejó, volando  
 á otras playas distantes y remotas,

Como tras ruda tempestad, el viento  
 entre las selvas al huir violento,  
 derrama con sonoro murmurio,  
 sacudiendo las copas del ramaje,  
 las cascadas de perlas del rocío  
 con que la lluvia coronó el follaje.

De tan gratas y dulces emociones  
 llenos los palpitantes corazones,  
 al fin de Teche á la región entraron,  
 por cuyos campos, la fugaz corriente  
 del hermoso Opelousas contemplaron.  
 El aire estaba azul y trasparente;

Tras las cimas del bosque se elevaba  
 blanca columna de humo, que brotaba  
 de las vecinas chozas, y se oían  
 de pastoriles cuernos los gemidos,  
 y los ecos del bosque repetían  
 del errante ganado los balidos.

## III

En la margen del río, protegida  
 por robles seculares, circuida  
 por guirnaldas de muérdago sagrado,  
 igual al que el druida preparaba  
 en Navidad, al templo consagrado, (\*)  
 la alegre casa del pastor se hallaba.

Bello jardín de tropicales flores  
 que en el aire esparcían sus olores,  
 se hallaba al rededor, y era la casa  
 hecha de la durísima madera  
 del altivo ciprés, que nunca escasa  
 de aquel país en las montañas era.

(\*) Aunque hay un verdadero anacronismo al suponer que los druidas cortaban el muérdago en Navidad, hemos querido no alterar el original, siguiéndole con la mayor fidelidad posible.

Tras las cimas del bosque se elevaba  
 blanca columna de humo, que brotaba  
 de las vecinas chozas, y se oían  
 de pastoriles cuernos los gemidos,  
 y los ecos del bosque repetían  
 del errante ganado los balidos.

## III

En la margen del río, protegida  
 por robles seculares, circuida  
 por guirnaldas de muérdago sagrado,  
 igual al que el druida preparaba  
 en Navidad, al templo consagrado, (\*)  
 la alegre casa del pastor se hallaba.

Bello jardín de tropicales flores  
 que en el aire esparcían sus olores,  
 se hallaba al rededor, y era la casa  
 hecha de la durísima madera  
 del altivo ciprés, que nunca escasa  
 de aquel país en las montañas era.

(\*) Aunque hay un verdadero anacronismo al suponer que los druidas cortaban el muérdago en Navidad, hemos querido no alterar el original, siguiéndole con la mayor fidelidad posible.

Era su techo bajo y extendido,  
y en airosas columnas suspendido;  
de fragantes rosales rodeado,  
donde la vid sus pámpanos tendía,  
un ancho y sencillísimo enverjado  
en torno de la casa se veía.

Allí los chupa-mirtos, las abejas,  
zumbaban sin cesar, y tras las rejas,  
en cada extremo de la casa, estaban  
los bellos y elevados palomares,  
cual símbolos de amor, do se escuchaban  
de las blancas palomas los cantares,

Y á la par que sus tiernos galanteos,  
mirábanse sus justas y torneos.  
Todo en silencio lánguido yacía:  
por las cimas del bosque, esplendorosa,  
la última luz del sol aparecía;  
pero envuelta en la sombra tenebrosa

La casa toda con su verja estaba,  
y detrás de sus techos se elevaba,  
brotando de su oscura chimenea,

blanca columna de humo, pregonando  
la dulce paz que al labrador recrea  
al vivir en las selvas trabajando;

Y del jardín tras la eurejada puerta,  
angosta senda, entre la selva abierta;  
bajo robles gigantes discurría  
hasta llegar al fin de la llanura,  
donde el sol á su ocaso descendía  
dorando el cielo con su lumbre pura.

Donde el bosque lejano comenzaba  
y la pradera término alcanzaba,  
sobre un caballo de color tostado,  
en su silla española, á lo ranchero,  
se hallaba el dueño del lugar, sentado,  
con su polaina y su gabán de cuero.

Bajo el ancho sombrero que lucía,  
propio para un país del Mediodía,  
su rostro alzaba de color trigüeño,  
mudo admirando la tranquila escena  
con la mirada señorial del dueño,  
en esa tarde plácida y serena.

A su alrededor, innúmeros ganados  
 paciendo se miraban en los prados,  
 ó el vapor respirando, que del río,  
 de frescura impregnado se elevaba,  
 y que en aquella tarde del estío  
 el bosque con su aroma embalsamaba.

Luégo, tomando el cuerno, que á su lado  
 llevaba siempre á la labor, colgado,  
 dentro su pecho recogió el aliento,  
 un ruido sordo resonar oyóse,  
 y oleada dulce de apacible viento  
 los ecos todos al soplar, llevóse.

Entre la yerba, entonces, cual la espuma  
 que flota sobre el mar, entre la bruma,  
 los ganados sus cuernos levantaron,  
 un momento de pié se mantuvieron,  
 y después por los campos se alejaron  
 y entre nubes de polvo se perdieron.

Como el pastor entonces regresara,  
 al cruzar el jardín, miró la cara  
 franca y noble del cura, que á encontrarle

marchaba con la niña, y arrojando  
 las riendas del corcel, corrió á abrazarle  
 de emoción y contento palpitando.

Ellos, bajo las alas del sombrero,  
 reconocieron al valiente herrero,  
 y por el gozo y el placer vencidos,  
 en dulce, estrecho y prolongado abrazo,  
 viéronse el cura y la doncella unidos  
 del anciano Basilio en el regazo.

Entonces, bajo poética enramada,  
 de rosas entreabiertas circundada,  
 á su charla amistosa se entregaron,  
 dándose parabienes afectuosos,  
 y unas veces rieron ó lloraron,  
 ó se quedaron tristes, silenciosos.

Pero, en tanto, Gabriel no aparecía,  
 y como nube de dolor, sombría,  
 de Evangelina el alma amedrentaba  
 fatídico y tenaz presentimiento.  
 Basilio, á quien la pena embarazaba,  
 les dijo al fin con tembloroso acento:

«¿Si vosotros venís de Afchafalaya,  
cómo no habéis en su desierta playa  
de mi caro Gabriel el bote hallado,  
si él por esas lagunas se encamina?»  
cuando el viejo de hablar hubo acabado  
muda quedó de asombro Evangelina.

¿Ha partido Gabriel? ¿Gabriel se ha ido?  
murmuró con acento conmovido  
ocultando su rostro; acerbo llanto  
nubló sus ojos y embargó su acento;  
reinó luego el silencio, y entretanto  
solo se oyó tristísimo lamento.

Al fin dijo Basilio: «no, hija mía,  
debes estar contenta; en este día  
ha tan solo partido ¡si es un loco!  
ya viejo como estoy abandonarme  
sin que se le importara nada ó poco  
con mis ganados sin temor dejarme!»

«Pero abatida y agobiada su alma  
ya más no pudo soportar la calma  
de esta quieta y pacífica existencia;

pensando siempre en tí, siempre angustiado,  
solo hablando de tí, su única creencia.....  
así ha su vida el infeliz pasado;»

«Y al fin logró ya ser tan fastidioso  
para hombres y mujeres y aun tedioso  
á la vez para mí, que fué preciso  
que á comerciar en mulas se marchara  
con la gente española; mi permiso  
fue imposible, mi vida, que negara.»

«De los indios las huellas persiguiendo,  
á las montañas del Ozark subiendo,  
él se divertirá, me dije un día,  
ya lazaré en el río los castores,  
ya irá por pieles á la selva umbría  
ayudado de expertos cazadores.»

«Ten pues, ánimo, niña; del amante  
seguiremos las huellas, que distante  
no se debe encontrar el desgraciado;  
él no marcha á favor de la corriente  
y hoy ya parece que por fin el hado  
se nos torna en benéfico y clemente.»

«Cuando el brillante sol, en la mañana  
el cielo dore con su luz temprana  
juntos le seguiremos, hija mía;  
que hemos de hallarlo, por mi bien lo espero,  
y al fin hija, tendremos la alegría  
de volverlo á su casa prisionero.»

Entonces por las márgenes del río  
oyeron un alegre vocerío,  
y hacia sus bancos al volver la vista  
con asombro y contento, contemplaron  
que al anciano Miguel, el violinista,  
sus amigos en brazos trasportaron.

De su amigo Basilio bajo el techo  
vivía el violinista satisfecho  
como Olímpico dios considerado,  
pues siendo ya por su violín faunoso  
solo estaba en las tardes obligado  
su violín á tocarles, melodioso.

¡Viva el bravo Miguel! ¡viva! gritaban,  
nuestro acadense ministrill y andaban  
en procesión triunfal y campesina

sobre sus brazos á Miguel llevando.  
Entonces la graciosa Evangelina  
con el cura su paso adelantando

Hasta Miguel llegóse para darle  
su grato parabien y saludarle,  
mientras que el buen Basilio de su asiento  
saltando conmovido, agasajaba  
á todos sus amigos y contento  
á sus hijas y madres abrazaba

Muchos de ellos juzgaron maravilla  
la salud del herrero, su sencilla  
morada patriarcal, y los ganados  
que en todos sus dominios esparcidos  
eran sin gran trabajo custodiados  
y por un hombre solo poseidos;

Y otros, maravillados parecieron  
cuando los cuentos de su labio oyeron,  
de aquel suelo alabando la riqueza,  
su incomparable clima, y los collados  
de tan rica y feraz naturaleza,  
donde andaban errantes los ganados,

Ganados que primero poseía  
 el que lazarlos al correr podía.  
 (Todos en su interior imaginaron,  
 cuando de oír sus cuentos concluyeron,  
 comenzar cual los otros empezaron  
 y hacer lo que ellos al principio hicieron.)

Y ascendiendo después por la escalera,  
 pasando por la verja de madera,  
 entraron todos al salón; servida,  
 esperando tan solo su llegada,  
 estaba de Basilio la comida  
 como nunca sabrosa y regalada.

Al sentarse contentos á la mesa  
 cayó la sombra de la noche espesa;  
 la huerta estaba bella y silenciosa  
 é iluminando á trechos el paisaje,  
 coronada de estrellas, fulgurosa  
 se vió surgir la luna entre el follaje.

Pero más luminosos se miraban  
 y más brillantes que la luna estaban  
 los rostros amistosos que refan

alredor de la lámpara reunidos,  
 y que por vez primera se veían  
 por Basilio en la mesa presididos.

Sin alterar Basilio su costumbre,  
 prendió su pipa en la encendida lumbre;  
 y viéndose por todos festejado,  
 aún cuando digno del festejo fuera,  
 con acento algún tanto emocionado,  
 á todos les habló de esta manera:

—“Bien venidos seáis, amigos míos,  
 vosotros, que por mares y por ríos,  
 sin patria y sin hogar, con suerte escasa,  
 habéis errado por tan luegos años;  
 bienvenidos seáis á vuestra casa,  
 á olvidar los pasados desengaños!

“Jamás en estas tierras el invierno,  
 que en otras es asolador y eterno,  
 ha, cual los ríos, nuestra sangre helado,  
 ni suelo pedregoso, sus pesares  
 redobló al labrador, que aquí el arado  
 corre como una quilla entre los mares.

“Todo el año se ven en la pradera  
los naranjos en flor, y donde quiera,  
más que de nuestra Acadia, en el verano,  
en una sola noche el césped crece.  
De la selva en el límite cercano,  
que pasto y agua en abundancia ofrece,

“Pacem greyes salvajes y sin cuento  
que no tienen señor, y el elemento  
más necesario y útil á la vida,  
la tierra, á la labranza consagrada,  
con venir á ocuparla, está adquirida,  
y á nuestros hijos sólo reservada.

“El hacha os hace sola propietarios,  
que en los bosques profundos, solitarios,  
que las montañas pueblan, la madera  
se corta en abundancia, y se transforma  
como el trabajo ó la labor lo quiera,  
en fuerte casa de sencilla forma.”

“Y cuando ella en los campos se levanta,  
y la cosecha al labrador encanta,  
nunca viene el rey Jorge de Inglaterra

de nuestro pobre hogar á arrebatarnos,  
el ganado á robar en nuestra tierra,  
ni nuestras chozas bárbaro á incendiarnos.”

Hablando así, colérico é iracundo  
el herrero tornóse en un segundo;  
y, con aquel recuerdo, enfurecido,  
sobre la mesa con su mano ruda  
tal golpe dió, con hórrido estampido,  
que se quedó la concurrencia muda.

El padre Feliciano, receloso  
al escuchar el golpe fragoroso,  
el rapé que en los dedos levantara  
aproximarse á la nariz no pudo,  
y se le vió con espantada cara  
permanecer como los otros, mudo.

Pero el pobre Basilio, continuando,  
dijo de nuevo con acento blando:

—“Cuidado con las fiebres, hijos míos,  
que una vez en los campos atrapadas,  
ya no se curan, como en climas fríos,  
con arañas en nueces encerradas.”

Entonces á la puerta se escucharon palabras que vibrantes resonaron, y en los anchos peldaños de maderas las pisadas monótonas se oyeron de aquellos que, pasando la escalera, sin anunciarse hasta el salón subieron.

Eran eriollos vecinos, cazadores, y algunos acadienses labradores que, á tiempo por los otros avicados, llegaban del pastor á la morada para pasar, en ella congregados, agradable y magnífica velada.

Fué alegre la reunión de los paisanos; mutuamente estrecháronse las manos y se dieron abrazos los amigos, y aquellos que antes fueron extranjeros, de la dicha común siendo testigos, se trocaron en buenos compañeros.

Después, se oyó tras la pared vecina, dulce sonar la música divina que Miguel á las cuerdas, dulcemente

del violín arrancara, y presurosa ante aquella señal, toda la gente cesó de hablar y se marchó afanosa.

Como niños, de gozo trasportados y de todos sus males olvidados, de alegre danza al dulce remolino se entregaron felices y dichosos, las miradas inquietas, y sin tino corriendo por do quiera impetuóso.

Del lado opuesto del salón y enfrente de do bailaba la entusiasta gente, los viejos, entretanto, se reunieron; contentos lo pasado comentaron, á su presente referencia hicieron, y del futuro con temor hablaron.

Y Evangelina, en tanto, acongojada, de los demás se hallaba separada, porque en su pecho con dolor sentía, evocados por mágico conjuro, alzarse sus recuerdos, y veía el porvenir amenazarla oscuro.

Y así en el alma sin cesar oyendo  
la voz del mar con invencible estruendo,  
y agobiada, abatida y pesarosa,  
con ancha herida sobre el pecho abierta,  
sin ser mirada, se lanzó afanosa,  
y del jardín atravesó la puerta.

Bella estaba la noche, tras los muros  
que los ramajes de la selva oscuros  
á lo lejos fingían, se elevaba  
con su fulgor iluminando el cielo,  
la luna esplendorosa, que llegaba  
como un ángel de paz y de consuelo.

Sobre el lecho del río descendían,  
entre las ramas que do quier pendían,  
de la luna los pálidos fulgores,  
como en las almas que constantes aman  
los pensamientos cándidos de amores,  
dicha, contento y bienestar derraman.

Las flores todas del jardín, abiertas  
alzaban sus perfumes, como inciertas  
calladas oraciones, imitando

al cartujo que triste y pesaroso,  
de la noche la calma aprovechando,  
eleva sus plegarias silencioso.

Y más lleno de esencias y de olores  
que aquellas varias y preciosas flores  
que de la luz el invisible beso  
sobre los campos, mágico, entreabría,  
cual por la sombra de la noche opreso,  
de Evangelina el corazón se abría.

La calma de la noche, de los campos  
la soledad tristísima, y los lampos  
de la luna fantásticos huyendo,  
de pena cruel su corazón llenaban,  
y en tanto, á la ventura discurriendo,  
sus pasos hácia el bosque la llevaban.

Todo estaba callado y silencioso;  
con su brillo de plata esplendoroso,  
fosforescentes por do quiera huían  
á ocultarse en lo espeso del ramaje,  
las luciérnagas bellas, que fingían  
un cielo entre las sombras del follaje.

Como de Dios las refulgentes huellas;  
brillaban en el cielo las estrellas,  
recordando al que ciego lo olvidara,  
á no ser que á su vista apareciese,  
raudo cometa que el zenit cruzara  
y "mortal, no me olvides," escribiese,

Que lo que en lo alto por la noche brilla  
es de ese Dios la increada maravilla.  
Evangelina, en tanto, por el prado  
triste, llorosa y abatida erraba,  
y evocando las sombras de su amado,  
así, y en alta voz se lamentaba:

—“Oh mi caro Gabriel, amado mío!  
si tanto verte delirante ansío,  
¿cómo no me fué dado contemplarte?  
Si tú tan cerca de mi lado huiste,  
¿cómo no me fué dado el escucharte,  
y, más feliz que yo, tú no me viste?”

“¿Cuántas veces habrán tus piés hollado  
aquesta senda del florido prado!  
¿Y cuántas veces con mirada ansiosa

habrás tú contemplado estos paisajes  
y aquella selva exuberante, hermosa,  
que luce tan espléndidos follajes!

“Y cuántas veces de este roble abajo,  
regresando en la tarde del trabajo,  
te habrás sentado á solas, en el sueño  
el descanso buscando á tu fatiga! . . .  
¿Y cuántas veces en tu grato ensueño  
no habrás soñado con tu tierna amiga!”

“¿Cuándo podrán mis ojos contemplarte?  
¿cuándo podrán mis brazos estrecharte?”—  
Mas entonces, de súbito escuchóse  
de un pájaro la voz, que resonando  
como flauta, en los bosques alejóse,  
sus ecos en las selvas dilatando.

Desde las selvas, del jardín vecinas,  
"paciencia,"—murmuraron las encinas  
al agitar con incesante giro  
sus ramas en las sombras, y lejana  
se oyó una voz, cual lánguida suspiro,  
que en las praderas respondió: "mañana!"

Bello elevóse el sol al otro día.  
 Las flores todas que el jardín tenía  
 sacudían su cáliz oloroso,  
 el suelo con su llanto humedeciendo,  
 y esparcían aroma delicioso,  
 sus bellas urnas de cristal abriendo.

—“Adios —les dijo el cura, contra el muro  
 triste apoyado del umbral oscuro;—  
 volvedme al hijo pródigo; su huella  
 constantes proseguid hasta encontrarle,  
 y volvedme con él á la doncella  
 que se durmiera cuando pudo hablarle.”

—“¡Adiós!”—dijo la niña sonriendo,  
 con Basilio á la playa descendiendo,  
 donde ya dentro el bote, preparados  
 los remeros alegres aguardaban,  
 y con sus largos remos empuñados,  
 listos y prontos á marchar estaban.

Así empezando el viaje en la mañana  
 de un sol brillante ante la luz temprana,  
 de Gabriel prosiguieron el camino,

todos alegres, mas con rumbo incierto,  
 llevados á merced de su destino,  
 cual las hojas que cruzan el desierto.

Ni aquel día, ni el otro, ni el siguiente,  
 huella ninguna de él halló la gente;  
 y unos tras otros infinitos días  
 por un país tristísimo marcharon,  
 esclamente teniendo como guías  
 los rumores inciertos que escucharon;

Hasta que al fin, llegando á una posada  
 de la aldea de Adayes, habitada  
 por española gente, el propietario,  
 que á Gabriel en el pueblo conocía,  
 díjoles que, con otros, temerario,  
 un día antes Gabriel partido había.



Del Oeste en el límite lejano  
hay una tierra donde invierno cano  
tiene siempre su asiento, y circundadas  
de sus coronas de perpetuo hielo,  
las montañas abruptas y afiladas  
se elevan luminosas hasta el cielo.

Por sus faldas riscosas, convertidas  
en profundas barrancas y caídas  
donde sus carros en pasar se empeñan  
los pobres emigrantes afanosos,  
un poco hacia el Oeste, se despeñan  
el Owyhee y el Oregón undosos.

Del lado del Oriente, atravesando  
del Windriver los montes, y pasando  
con curso vario su fugaz corriente

por el Valle risueño, que se llama  
valle del Agua dulce, blandamente  
y sonoro el Nebraska se derrama.

Y corriendo hacia el Sur de aquellas tierras,  
de las altivas españolas Sierras,  
las erizadas rocas desgastando,  
barridos por los vientos del desierto  
innúmeros torrentes rebramando  
se arrojan hacia el mar, en su concierto

Unísono y salvaje, que en sus alas  
el viento lleva a las etéreas salas,  
el clamor imitando con que atruena  
el aire las sonoras vibraciones  
con que fuertes ó lúgubres, resuenan  
de las arpas los mágicos bordones.

Por aquellas corrientes circuidas  
véanse bellas praderas, de crecidas  
las verdes yerbas como el mar se mecen  
coronadas de rosas y amapolas,  
que iluminadas por el sol parecen  
las espumas flotantes de las olas.

Sobre ellas vagan por doquier errantes  
 los rebaños de búfalos, distantes  
 véñese corzos y ciervos, á porfía  
 vagan lobos temibles y escapando  
 con violencia que al viento desafía  
 los caballos salvajes relinchando.

Cruzan por esas selvas portentosas  
 las ráfagas del Norte tempestuosas  
 que en invierno hacen daño al viajero,  
 y en el verano ardiente, abrasadores  
 cual las llamas que brotan del brasero,  
 corren siempre los vientos bramadores.

Vagan por esos campos separados  
 los pobres ismaelitas desterrados  
 regando con su sangre los desiertos,  
 y por sus tiendas que asoló la guerra  
 trazando al aire, círculos inciertos  
 el buitre vaga, que al guerrero aterra;

Porque es como el espíritu implacable  
 de algún gefe enemigo que indomable  
 fué muerto en la batalla y destrozado

y arrojados sus restos por el suelo  
 y que sufre y que lucha denodado  
 y sube y baja hasta escalar el cielo.

Al uno y otro lado se levantan  
 y la mirada al levantarse encantan,  
 brotando de la hoguera del salvaje,  
 blancas columnas de humo que flamean,  
 y arboledas de espléndido follaje  
 la margen de los ríos hermosan

Y el oso taciturno, anacoreta  
 que en los desiertos hórrido vejeta  
 á los barrancos tenebrosos baja  
 para ir á ahondar los formidables hoyos  
 que hace en el árbol cuando el tronco raja,  
 cabe alegres y poéticos arroyos.

Y sobre todo, el azulado cielo  
 como un ángel de paz y de consuelo  
 abiertas tiende las azules alas,  
 porque es la mano que el Señor extiende  
 desde las altas y cerúleas salas  
 y con la cual á la virtud defiende.

De aquel triste desierto en las entrañas  
y al pie de las de Ozark altas montañas,  
á expertos y valientes cazadores  
en su alegre excursión acompañando  
y á ligeros y listos lazadores,  
poco á poco Gabriel se iba internando.

Unos tras otros fatigosos días  
de los indios sirviéndose de guías,  
Basilio y la muchacha á la ventura  
proseguían sus pasos fugitivos,  
y al fin cansados en la noche oscura  
retirábanse tristes, pensativos.

A veces ellos á lo lejos vieron,  
ó en sus ensueños contemplar creyeron,  
que en un campo distante, en la montaña  
columnas de humo azul se levantaron,  
y al llegar en la noche sombra vana  
solo ascuas y cenizas encontraron.

Y así agobiado el corazón, rendidos  
de cansancio sus cuerpos, y abatidos,  
la esperanzas tan solo era su guía,

como esos espejismos que reflejan  
lagos de luz al levantarse el día  
y que huyen, se retiran y se alejan.

Una vez, en la tarde, que callados  
estaban junto al fuego bien hallados  
con pasos silenciosos, una bella  
mujer india llegó, y en su semblante  
se hallaba impresa del dolor la huella,  
más de un dolor al parecer constante.

Era una shawnee que á su hogar volvía,  
de esa tierra do inmensa cacería  
halla el teroz comanche; su marido  
guarda-bosque infeliz y desgraciado  
fué por ellos de noche sorprendido  
y por ellos después asesinado.

Al escuchar su historia la acogieron  
con muestras de pesar y le sirvieron  
de su sencilla y su frugal comida,  
que era carne de búfalo fibrosa  
de aquellas brasas al calor cocida;  
ella al tomarla se sintió dichosa.

Después que la comida terminaron  
y Basilio y sus guías se acostaron  
á descansar de la labor del día,  
de la caza del ciervo y del bisonte,  
junto á la llama que oscilante ardía  
envueltos en sus sábanas de monte

de lana bien forradas, á la puerta  
de aquella tienda campesina abierta  
sentóse Evangelina, y entretanto  
con dulce voz y con indiano acento  
la pobre shawnee que sufriera tanto  
de sus amores, refirióle el cuento.

Pero sabiendo que de amor sufría  
un corazón extraño, porque había  
como ella amado y desgraciado sido,  
lloró la pobre Evangelina á mares;  
aunque al ver otro sér, con ella herido,  
sintió en dicha trocarse sus pesares.

Ella á su vez le refirió la historia  
de su amor infeliz, que en la memoria  
á pesar de sus penas conservaba:

tristè estuvo la shawnee, y aunque ruda  
por su aspecto y color se la juzgara,  
al acabar la historia estaba muda

Después de estar callada, cual si un triste  
y terror misterioso que reviste  
formas varias, al fin la ¡oseyera  
con voz pausada y con acento leve  
le refirió la historia verdadera  
de aquel Mowis que fué novio de nieve.

Fué Mowis un galán, á quien rendida  
una doncella amó toda su vida;  
una noche, por fin, con él casóse  
y de su boda en la primer mañana  
cruzó aéreo la choza y alejóse  
raudo y ligero como sombra vana,

hasta perderse en el remoto cielo  
por el sol derretido como el hielo.  
En vano fué que la infeliz doncella  
quisiese verlo más, y enamorada  
do quier siguiese su errabunda huella.....  
siempre vióse por él abandonada.

Con el acento, entonces silencioso,  
propio de encantamientos, pavoroso,  
le refirió de Lilinau el cuento  
que fué por un fantasma seducida.  
Cual la apacible ráfaga de viento  
que en las selvas se queja entristecida,

A través de los pinos seculares,  
le hablaba de su amor y sus pesares  
á la hora del crepúsculo, y llegaba  
la voz hasta su oído tan quejosa  
que mientras más á solas la escuchaba  
la juzgaba más triste y melodiosa;

Hasta que al fin, el esperado día  
ella obediente, hasta la selva umbría  
fué persiguiendo su marcada huella.....  
y ya jamás volvió, ni fue mirada  
otra vez en su pueblo la doncella  
de aquel vano fantasma enamorada.

Maravillada silenciosa y llena  
del miedo que á las almas enajena  
Evangelina la historieta oía;

mas al oír su voz conmovedora,  
encantado su hogar le parecía,  
y juzgaba á la shawnee encantadora.

Tras de la cumbre, entonces, de los montes  
la luna se elevó, los horizontes  
bañando con su luz, é iluminando  
la humilde tienda con fulgor dudoso,  
y las selvas y bosques abrazando  
con un cincho plateado y luminoso.

El arroyo, entretanto, murmuraba,  
Céfiro entre los bosques se quejaba,  
y el ramaje plateado, amarillento  
que sobre ellos flotaba, parecía  
muy quedo suspirar, y su lamento,  
triste, muy triste, resonar se oía.

Con sus dulces ensueños amorosos,  
esos presentimientos horrorosos  
que tras la duda y el espanto quedan,  
guardaba el corazón de Evangelina,  
como aquellas serpientes que se enredan  
en el nido de riente golondrina.

Aliento de regiones apartadas,  
por duendes y por trasgos habitadas,  
resbalar en el aire parecía. . . .

Y Evangelina se creyó un momento  
trocada en la doncella que seguía  
un fantasma, ligero como el viento.

Entonces, afligida y temerosa,  
inclinó la cabeza pesarosa  
y se durmió tranquila; sus temores  
en su seno feliz se disiparon,  
y los fantasmas cándidos de amores,  
ante la luz del sol se dispersaron.

Amaneciendo apenas, su jornada  
comenzaron de nuevo, y ya avanzada,  
dijo la pobre shawne: —Al Occidente  
de estas altas montañas, y en la aldea  
solo habitada por cristiana gente,  
se encuentra una Misión; allí recrea

Pero instruye á aquel pueblo, noble cura,  
que es muy bueno y muy santo se asegura;  
siempre habla de Jesús y de María

á aquellas pobres gentes, y al oírle,  
el corazón se llena de alegría  
y dan ganas de amarle y bendecirle.

—Vamos á esa Misión—repuso al punto  
alegre Evangelina; yo barrunto  
que allí nuevas muy buenas nos esperan;—  
y diciendo estas cosas, se volvieron  
de la cumbre que juntos ascendieran,  
y á la Misión sus pasos dirigieron.

Cuando el sol á su ocaso descendía,  
oyeron un murmullo que partía  
detrás de la montaña, y en los llanos,  
al lado de las márgenes del río,  
vieron las tiendas mil de los cristianos,  
de la Misión Jesuita el caserío.

Baio un roble frondoso que se hallaba  
en medio de la aldea, se encontraba  
el cura con sus hijos de rodillas;  
y un Crucifijo enfrente, sombreado  
por la vid y silvestres campanillas,  
se hallaba sobre el tronco colocado.

Aquel era su templo; sonoras  
sobre las ramas verdes y boscosas,  
se alzaban sus plegarias y oraciones,  
mezclando sus acentos y murmullo  
á las dulces y poéticas canciones  
de algunos aves de canoro arrullo.

Descubiertos, callados, placenteros,  
fuéronse aproximando los viajeros  
á do rezando les demás estaban;  
é inclinada en el suelo la rodilla,  
unieron su plegaria á los que oraban  
bajo de aquella rústica capilla.

Cuando ya no se oyeron oraciones,  
el cura derramó sus bendiciones  
cual rico sembrador que sobre el suelo  
derramara á puñados la simiente;  
y en seguida, cual ángel de consuelo,  
fué adonde estaba la extranjera gente.

Después de saludarlos, escuchando  
cuando estaba con ellos conversando,  
su propio idioma, por la vez primera

en aquellas regiones generoso  
ofrecióles su choza, y lisonjera  
acogida les hizo bondadoso.

Sobre esteras y pieles se sentaron,  
hermosas tortas de maíz tomaron,  
y su sed muy ufanos extinguieron  
de aquel noble jesuita en la cisterna. . . .  
pronto su triste historia refirieron,  
y el sacerdote, con su voz más tierna

Y solemne les dijo:—Hace seis días  
qué sentado á mi lado con sus guías,  
donde está Evangelina, me contaba  
Gabriel su historia, de tristeza muerto;  
pero entonces me dijo que viajaba,  
y continuó su viaje hácia el desierto.—

Tierno fué su discurso, pero breve;  
mas, cual los copos de ligera nieve  
que en el invierno caen en el nido  
de do las aves tímidas huyeron,  
de la niña en el pecho enternecido  
sus palabras tristísimas cayeron.

—El marchóse hácia el Norte, dijo el cura, mas á mí su palabra me asegura que, pasado el Otoño, y recogida la caza del invierno, presuroso volverá á la Misión —Y conmovida, con acento sumiso y cariñoso,

Contestó Evangelina: —Yo, quedarme quisiera junto á tí; no puedo hallarme contenta en otra parte; destrozada los dolores el alma me han dejado.— No se miró por nadie contrarista, y cuanto dijo, se quedó aprobado.

La mañana siguiente, con su guía, el buen Basilio hacía su hogar volvía, montado en su caballo mexicano, dejando, resignada, en las Misiones, á Evangelina con el noble anciano, elevando hasta Dios sus oraciones.

Lentos los días del dolor huyeron, las semanas, los meses, transcurrieron, y la vasta llanura, que se hallaba

cuando ella vino á la Misión, verdeando, porque el maíz apenas se sembraba, estaba por do quier amarilleando;

Y la espiga dorada, que altanera el suave tumbo de la mar fingiera, y las verdes mazorcas, ofrecían pasto abundante al cuervo aventurero, y á las ardillas que los campos crían, relleno y colmadísimo granero.

Las niñas las mazorcas desgajaban, y, llenas de rubor, se sonrojaban al ver la espiga como sangre roja, porque ese era el pronóstico cercano de que novio hallaría, quien la hoja abriese la primera con la mano.

Sin embargo, jamás ningún amante ofrecióle la espiga á la costante y fiel Evangelina.—«Ten paciencia,— el sacerdote humilde le decía.— Ten la fé que protege tu existencia, espera en Dios y en la oración confía.»

«Mira esa flor hermosa y hechicera  
que su copa levanta en la pradera;  
ve sus hojas al norte dirigidas,  
cual si fueran magnetas, poderoso  
dejó Dios esas flores esparcidas  
en el desierto inmenso y silencioso,

para ser la señal con que el sendero  
pueda hallar en sus marchas el viajero.  
Es como ellas la fé: de los amores  
que Dios al alma juvenil envía,  
son más fragantes las hermosas flores  
que las que el campo en Primavera cría;

Mas ellas nos engañan, su perfume  
como aliento de muerte nos consume;  
y aquella humilde planta solamente  
puede á través de nuestra vida guiarnos,  
y después, empapados de nepente,  
con flores de asfódelos coronarnos.»

Así llegó el Otoño, y el Invierno  
vino después con su furor eterno,  
y Gabriel no llegaba todavía;

el piti-rojo entre el brezal cantaba,  
la Primavera flores esparcía,  
y del monte, Gabriel no regresaba.

Entonces, del Verano los rumores,  
como trinos de pájaros cantores,  
dulces, al fin á la Misión llegaron,  
y que en las playas del Saginaw río,  
habitaba Gabriel le revelaron,  
lleno de tedio y de profundo hastío.

Entonces, con los guías que vagaban  
á la ventura, y por do quier buscaban  
de San Lorenzo los profundos lagos,  
diciendo «adiós» á la misión divina,  
guiada solo por rumores vagos,  
al desierto marchóse Evangelina.

Después de largos y penosos viajes,  
deteniéndose en lúgubres parajes,  
alcanzó el Michigán, y en la pradera,  
desierta halló la rústica cabaña  
porque, incansable el cazador, partiera  
ya tal vez para siempre á la montaña.

Así sus largos y penosos años  
fuéronse deslizano, y en extraños,  
apartados y lúgubres lugares,  
siempre siguiendo fugitiva huella,  
se miró devorando sus pesares  
á la errabunda é infeliz doncella.

Ya por las tiendas que plantara un día  
la morava Misión se la veía;  
ya vagando en los campos de pelea,  
do lucharan las huestes impetuosas,  
ora en humilde y apartada aldea,  
ya en ciudades y villas populosas.

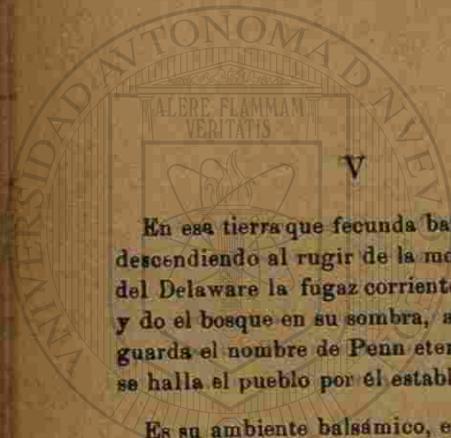
Como un fantasma aterrador pasaba  
á través de los pueblos, y viajaba  
sin descansar y sin tomar aliento,  
y siempre por do quier desconocida,  
presa de incomparable sentimiento,  
siempre sola, angustiada y dolorida.

Joven y hermosa Evangelina era  
cuando ella oyó decir: vámana y espera  
al comenzar ansiosa su jornada

para buscar á su Gabriel querido,  
y fea, y por los años maltratada,  
viola el mundo despues inadvertido.

Cada día implacable le robaba,  
cuando lento su vida fatigaba,  
una hoja á la flor de su belleza,  
dejando solo tras de sí, amargura,  
cansancio, sombra, languidez, tristeza,  
tedio y pesar, dolor y desventura.

Entonces, en su frente aparecieron  
las huellas que los años imprimieron;  
presagiano los surcos de la frente,  
como esa línea oscura y extendida  
que anuncia el sol en el dorado Oriente,  
la aurora luminosa de otra vida.



En esa tierra que fecunda baña,  
descendiendo al rugir de la montaña,  
del Delaware la fugaz corriente,  
y do el bosque en su sombra, agradecido,  
guarda el nombre de Penn eternamente,  
se halla el pueblo por él establecido.

Es su ambiente balsámico, en sus valles  
luce bello el durazno, y en sus calles,  
para ir apaciguando á las driadas,  
cuyas verdes mansiones se invadieron,  
los nombres de las plantas arrancadas  
de sus selvas y bosques, se escribieron.

Desde la playa de la mar vecina,  
á esa tierra fecunda, Evangelina  
llegó sola, abatida y desterrada,

de Penn entre los hijos encontrando  
nueva patria y hogar á su llegada,  
para ir su vida misera arrastrando.

Allí, ya de vejez, y entristecido,  
René Leblanc había fallecido  
al morir no mirando ya á su lado,  
del centenar de nietos que tenía,  
mas que uno, que pobre, infortunado,  
era al par su consuelo y alegría.

Algo de dulce en la ciudad hallaba,  
algo á su tierno corazón le hablaba  
y comprender le hacía, que extranjera  
no podía parecer; y en el tuteo  
que entre todos los enákeros oyera,  
tal contento encontraba su deseo,

que recordaba su pasada vida,  
la niñez que en la Aesdia bendecida  
pasara entre contentos y placeres,  
el corazón y la conciencia ufanos,  
como hermanas llamando á las mujerea  
y á los hombres tratando como hermanos.

Y así ya sus fatigas acabadas,  
sus pesquisas del todo terminadas  
y sin pensar en renovar su viaje,  
cual hojas á la luz, sus pensamientos  
volviéronse al poético paraje  
donde halló Filadelfia sus cimientos.

Así como miramos en la niebla  
que en la mañana las montañas puebla  
cuando el sol á lo lejos la abrillanta  
lucir paisajes y plateados ríos,  
ya una ciudad que nuestra vista encanta,  
ya una aldea, lejanos caseríos,

Así tras de la niebla de la vida  
ella miraba el mundo entristecida  
por el sol del amor iluminado,  
hermoso contemplando en lontananza  
el camino por ella atravesado  
cuando abrigo dió en su alma á la esperanza.

Y á Gabriel no olvidó; su imagen pura  
encerró dentro el pecho, de ternura,  
de amor y de belleza circundada,

aunque más bella aún, porque le hacía  
aparecer como de luz bañada  
el silencio y la ausencia en que vivía.

Para que ese recuerdo mantuviera  
nunca fué el tiempo obstáculo ó barrera,  
ni á tanto hubiera su poder llegado;  
porque en su alma el recuerdo del ausente  
era como el recuerdo del amado  
á quien muerto se juzga eternamente.

Y ese amor que se torna tan profundo  
cuanto más imposible es en el mundo  
porque de objeto al parecer carece,  
el sacrificio propio le enseñaba  
que á las almas amantes enaltece  
y amar á los demás le aconsejaba

Y así el amor que concentrado había  
dentro su corazón, se parecía  
al olor de esas frutas perfumadas  
que nunca, aunque se aspire, se consume,  
y que tiene á las frutas impregnadas  
aunque esparza en el aire su perfume.

Ni una vana esperanza, ni un deseo,  
ni un juvenil y extraño devaneo  
eran una inquietud para su vida;  
pues solo ansiaba, que su mala estrella  
seguir le permitiese agradecida,  
de su Divino Salvador la huella.

Largos años vivió de Mercedaria  
y se la vió feliz y solitaria  
frecuando los barrios apartados  
que sùcias callejuelas componían,  
do de la luz del sol avergonzados  
el hambre y la miseria se escondían.

Do el dolor y las penas se ocultaban,  
donde en sùcios desvanes, espiraban  
privados de cuidado y de consuelo  
infinitas familias de mendigos,  
sin inspirar la compasión del cielo  
ni recibir el pan de sus amigos.

Y una noche tras otra, cuando el mundo  
reposaba en el sueño, y un profundo,  
triste silencio á la ciudad cubría,

y el *sereno* monótono anunciaba  
que mal ninguno en la ciudad había,  
ella, errabunda, por doquier buscaba

La llama de los cirios encendidos  
en los barrios oscuros y escondidos  
que á su alma le anunciaban el momento  
de ir á ofrecer su ayuda protectora,  
á alguno que muriese en aislamiento  
y menester lo hubiese en aquella hora.

Y unos tras otros días, cuando oscuros  
todavía mirábase los muros  
de la ciudad dormida, la enecontraban  
los pobres alemanes labradores  
que por esos suburbios trasportaban  
al mercado sus frutas y sus flores,

Como una sombra deslizarse lenta  
á través de las calles, macilenta,  
por los males agenos abatida,  
en su faz el insomnio revelando,  
por el dolor y por la edad vencida,  
á su humilde Convento regresando.

Entonces sucedió que horrible peste,  
mandada por la cólera celeste,  
en la ciudad cayera, presagiada  
por bandadas de pájaros, que huyendo,  
por no comer entre los bosques nada,  
iban del sol el disco oscureciendo.

Tal como suele, al acercarse Octubre,  
alzarse el mar, que con sus olas cubre  
y en un lago trasforma las praderas,  
así la muerte levantóse airada,  
y la vida, cual otras sementeras,  
dejó bajo sus ondas sepultada.

Para domar la muerte, la riqueza  
ya no tuvo poder, y la belleza,  
para poder, salvada, seducirla,  
de encantos careció; porque implacable,  
á nadie le fué dado resistirla,  
ora fuese opulento ó miserable.

May ¡ay! los infelices que veían  
mudo el mundo á sus piés, y carecían  
de parientes y amigos, que angustiados

se hallasen en su humilde cabecera,  
ibanse al hospital, desamparados,  
que él el hogar para los pobres era.

El hospital en el suburbio estaba,  
la pradera gentil le circundaba;  
hoy la ciudad á su alrededor se tiende;  
sin embargo, se escucha todavía,  
en medio al lujo que do quier se extiende,  
la palabra de Dios, que allí decía:

*«Siempre los pobres estarán contigo.»*  
En ese hogar del pobre y del mendigo,  
luchando sin cesar, y solitaria,  
una noche tras otra, fatigosa,  
mirábase á la humilde Mercedaria  
cuidar de los enfermos cariñosa.

Cuando su faz sobre el humilde lecho  
miraba el moribando, satisfecho  
juzgaba contemplar en su delirio,  
coronada su frente de fulgores,  
igual á la aureola del martirio  
que á la Virgen le ponen los pintores;

Y en sus ojos mirar le parecía  
la llama pura que brillante ardía  
del Dios de amor en la mansión celeste,  
por cuyas puertas, siempre iluminadas,  
sus almas, arrojadas por la peste,  
iban á entrar, del cuerpo desligadas.

La mañana de un sábado, pasando  
á través de las calles, y marchando  
con pasos lentos, alcanzo la puerta  
del humilde hospital. ¡Cuán oloroso  
respirábase el aire que en la buerta  
y en el jardín flotaba silencioso!

Detúvose de pronto, y bondadosa  
fué al jardín á cortar la más hermosa  
entre todas las flores que veía,  
la que á algún pobre enfermo le ofreciera  
un momento á lo menos de alegría  
cuando su cáliz perfumado oliera.

Subió luego á los altos corredoras,  
y allí, de las campanas los clamores  
que en la iglesia de Cristo resonaban,

dulces, vibrantes, escuchó, mezcla los  
con los himnos y salmos que cantaban  
los suecos en Wicaco arrodillados.

De aquella hora la tranquila calma,  
cual las alas de un ave, sobre su alma  
apacible cayó, y en ese instante  
algo á su propio espíritu decía:  
"Se acabaron las penas del amante,  
llegó la hora fatal de la agonía."

Entonces, luminosa la mirada,  
con el alma en los ojos retratada,  
en las salas entró. Allí afanosa  
multitud de enfermeros obediente  
se miraba do quier; ya carifiosa  
humedeciendo la abrasada frente

de los pobres enfermos, ya mojado  
sus labios siempre secos, ya cerrando  
sus ojos sin miradas y sin vida,  
ya cubriendo sus rostros, ú oraciones,  
rezando fervorosa y conmovida,  
para alentar sus tiernos corazones.

Muchos de los enfermos, de sus lechos  
 alzaron la cabeza satisfechos  
 por ver á Evangelina, que cuidando  
 de todos siempre con igual ternura,  
 era un rayo de sol iluminando  
 de estrecha cárcel la pared oscura.

Ella, mirando al rededor, veía  
 cómo la muerte con su mano había  
 corazones innumeros helado.  
 ¡Cuántos habían por la noche muerto!  
 ¡Cuántos habían por la noche entrado!  
 ¡Cuánto lecho encontrábase desierto!

De repente, detúvose azorada,  
 por el asombro y el temor pasmada;  
 las flores de sus manos resbalaron,  
 y abierto el labio, pálida, sombría,  
 miró los lechos que do quier giraron,  
 sintió que el suelo de sus pies huía!

De su garganta un nudo desgarróse,  
 y de su labio entonces escapóse  
 grito de angustia y de dolor profundo,

que al resonar sobre el humilde techo,  
 hizo que el desgraciado moribundo  
 entreabriese los ojos en su lecho.

Frente de ella, extendido en su camilla  
 mirábase un anciano; la mejilla  
 en la mano apoyada, blancos rizos  
 sus sienes palpitantes sombreaban,  
 y del rostro aumentando los hechizos  
 que juvenil belleza recordaban,

La luz que hasta su lecho descendiera,  
 irradiaba en su blanca cabellera.  
 Más joven por momentos parecía,  
 más hermoso se hallaba á cada instante,  
 que así del moribundo en la agonía  
 trueca en bello la muerte su semblante.

Aunque tristes lánguidos los ojos,  
 estaban secos, por la fiebre rojos  
 sus labios al morir, cual si la Vida,  
 á usanza del Hebreo, los regara  
 con sangre del cordero prometida,  
 para hacer que la muerte se abuyentara;

Y así ya aletargado, sin sentido,  
sobre su lecho, pálido, extendido,  
por la agonía y el dolor inerte,  
sebase sepultando entre la sombra  
de esa mansión terrible de la muerte  
que siempre el alma con espanto nombra.

Entonces en su oído resonaron,  
aunque apenas muy débiles llegaron,  
de aquel grito de angustia los clamores,  
y oyó una voz muy dulce que decía:  
"¡Oh Gabriell! ¡Oh el amor de mis amores!"  
y luego en el silencio se perdía.

Entonces como un sueño, la memoria  
una vez más le recordó su historia:  
volvió á mirar de nuevo la montaña  
que en su niñez tranquilo recorriera,  
vió plantada en la cumbre su cabaña,  
el verde campo y la gentil pradera;

Vió de nuevo la Acadia en sus ensueños,  
y en sus valles hermosos y risueños  
miró de nuevo su feliz aldea  
por sonoros ríos circundada,

y del furor del viento y la marea  
por los montes y diques resguardada.

Y así, volviendo á sus primeros días,  
saboreando sus castas alegrías,  
creyó mirar á Evangelina, llena  
de inmenso amor, de dicha y hermosura,  
como en las horas de su infancia, buena;  
como en sus sueños amorosos, pura.

A sus ojos las lágrimas brotaron;  
mas después al abrirlos, contemplaron  
deshecha su ilusión, como neblina  
por el sol del verano disipada;  
pero en cambio, á su lado Evangelina  
estaba cariñosa arrodillada.

En vano fué su pertinaz intento  
de pronunciar su nombre, que su acento  
sobre sus labios rígidos moría;  
la lengua apenas con trabajo alzaba,  
pero ella sola revelar podía  
que un dulce nombre pronunciar ansiaba.

En vano quiso alzarse de su lecho.....  
Entonces ella reclinó en su pecho

su moribunda y lánguida cabeza,  
besó sus labios y esperó tranquila,  
en la actitud de quién callada reza,  
que la luz se apagase en su pupila.

Al fin, entre sus brazos, de repente  
sintió caer la desmayada frente;  
y aquella vida se apagó, cual llama  
que iluminando sola un aposento,  
una encendida lámpara derrama  
y presto apaga con su sople el viento.

Todo concluyó entonces: los pesares,  
la esperanza, el temor y los azares  
de su existencia en el dolor sumida,  
la inextinguible sed de quien espera,  
el fastidio y cansancio de la vida,  
la inquietud del que amando desespera.

Entonces, recostada sobre el lecho,  
oprimiendo de nuevo contra el pecho  
su cabeza sin vida, doblegóse  
sobre su cuerpo inanimado y frío,  
y esta plegaria resonar oyóse:  
"¡Gracias, gracias al fin, gracias, Dios mío!"

Esta es la selva de la edad primera.  
Mas, allá, de sus sombras apartados,  
el uno junto al otro, sepultados  
en sus tumbas sin nombre, los amantes,  
á quienes combatió contraria suerte,  
durmiendo están el sueño de la muerte.  
Bajo la humilde bóveda del templo  
do acuden los cristianos conmovidos,  
en medio á la ciudad, desconocidos,  
é ignorados reposan.

Las olas de la vida diariamente  
á su alrededor se elevan y se agitan:  
corazones amantes á millares  
donde sus corazones no palpitan,

cerebros, afanosos que se encienden  
 donde ha mucho los suyos descansaron,  
 miles de ágiles manos que trabajan  
 donde ellos su labor abandonaron,  
 y millares de piés siempre movidos  
 donde ellos su jornada terminaron.

Esta es la selva de la edad primera.  
 Mas debajo la sombra de sus ramas,  
 con distintos idiomas y costumbres  
 habitan de otro pueblo  
 laboriosas é inmensas muchedumbres.  
 Solamente á lo largo de la costa  
 del Atlántico triste y misterioso,  
 como una flor que su existencia agosta,  
 apartados del mundo bullicioso,  
 su vida pasan pobres labradores,  
 cuyos padres ancianos, desdichados  
 volvieron á su tierra  
 para ser en su seno sepultados.  
 Aún del pescador en la cabaña  
 se oyen las ruecas y el telar gimiendo,  
 y cuando el sol traspone la montaña,  
 la historia de la pobre Evangelina  
 junto al fuego sentadas repitiendo,

ya sus gorros normandos, ya sus mantos  
 estan las niñas sin cesar tejiendo;  
 miéntras del mar que su furor esconde  
 en sus antros de rocas  
 se oye el ronco y horrisono bramido,  
 y del bosque lejano le responde  
 el tristísimo y lánguido gemido.

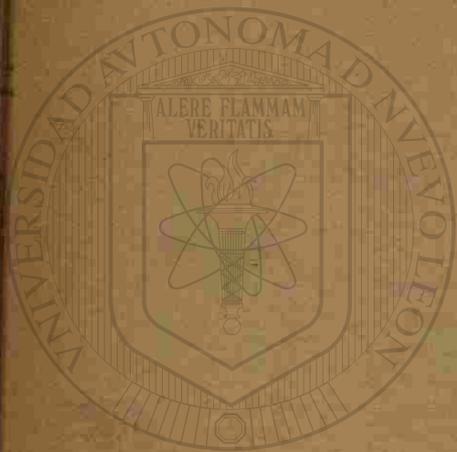
FIN.



*Benito G. G. G.*  
*u u u u u u u u*  
*u u u u u u u u*

*Don Benito G. G.*  
**INDICE.**

	Pág.
Prólogo.....	1
Primera parte.....	
Canto I.....	9
Canto II.....	26
Canto III.....	41
Canto IV.....	55
Canto V.....	72
Segunda parte.....	
Canto I.....	91
Canto II.....	101
Canto III.....	119
Canto IV.....	134
Canto V.....	160



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

## FE DE ERRATAS.

Pág.	línea	Dice.	Debe decir.
17	7 <sup>a</sup>	gloria	amor
20	15	aunque	aun
41	4	cuando	cual
45	9	triunfe	triunfa
56	2	os	los
56	20	casa	cosa
58	6	so	se
82	20	ifó	tiñó
92	18	llena.	llena,
97	4	Bautista	Bautista Leblanc
100	12	al	el
101	6	acadiese	acadiense
109	15	lignonias	bignonias
120	2	suspendido;	suspendido,
142	9	daño	daños
150	15	shawne	shawnee
168	19	corredoras	corredores



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Donor Brink*

*Shawes*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE MEXICO  
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES

JEV  
OTEC